

## JUSTICIA DEBIDA

El domingo, día de San Antonio, el partido republicano de Madrid manifestó públicamente su afecto y su gratitud a D. Antonio Catena, fundador, propietario e inspirador de *El País*. Ningún homenaje tan merecido ni tan justo.

La prensa republicana tuvo representación digna del acto; Miguel Moya, Alfredo Vicenti, Francisco Pi y Arsuaga, Roberto Castrovido, Ricardo Fuente, G. nard de la Rosa, José Ferrándiz, Luis Tapia, Julio Camba, Viérgol, Modesto Moyrón...

De la minoría del Congreso concurrieron Pérez Galdós, Julián Nogués, Tomás Romero...

De la del Senado, Sol y Ortega...

De los concejales antiguos, Santillán, Casanueva, Morayta y Serrano, B rranco...

De los diputados provinciales, Toribio Fernández Morales...

De los concejales últimamente elegidos, Manuel Ramos, Vilariño, Corona, Aguilera y Arjona...

Los distritos estuvieron todos representados.

Personas de renombre fueron muchas, entre ellas Menéndez P l arés, Morayta, López Silva, Luis Casanueva, Jiménez Encinas, Eduardo Barriobero, y las que omito por no hacer pesada esta reseña.

Hubo muchas adhesiones al acto, entre ellas las de Mariano de Cavia, Felipe Pérez y González, Julio Cervera, Leonardo Ortega, Alejandro Miquis, Antonio Palomero, Félix de la Torre, Farrio y Morayta, Pedro de Répide, Juan Macías del Real y otros muchos que no recuerdo.

Pronunciaron brindis, alguno con honores de discurso, Manuel Ramos, Roberto Castrovido, Ignacio Santillán, Menéndez Pallarés, Francisco Pi y Arsuaga, Alfredo Vicenti, Julián Nogués, Luis Durán, Miguel Morayta, y Sol y Ortega. Todos elogiaron al Sr. Catena y su labor, como a la redacción de *El País*, y tocaron puntos políticos de actualidad, s endo todos muy aplaudidos. Salvador Mañá Granés leyó unas redondillas que fueron muy celebradas, como lo había sido antes el romance de Felipe Pérez y González publicado el mismo día en *El Liberal*.

Como se ve, he suprimido toda clase de adjetivos en este relato; aparte de que no soy partidario de que se apliquen sino en casos muy excepcionales, y a personas muy excepcionales, se prodigan hoy tanto, que el mejor elogio que puede hacerse de quien los merece, es no echarle a cuentas ninguno.

De buena gana, y siguiendo otra costumbre mía, hubiera suprimido también los nombres; pero como éstos dan idea de la unanimidad que hubo en concurrir al homenaje, no he debido hacerlo.

Y relatado esto, sólo me resta decirle a Catena:

"Aunque tarde, la opinión republicana ha hecho justicia a su fe, a su constancia y sus sacrificios. No siempre la justicia es en política una palabra vana."

## Una oficiosidad mía

Ruego a D. Juan Macías del Real que me perdone el que le diga, sin título para ello: "No le he escrito armas a quienes lo combaten, escribiendo cartas a la Prensa tan a menudo."

Y si las escribe, que ayuden todas al esclarecimiento del asunto que lo tiene a usted preso.

Tratar de otros, aún obedeciendo a móviles levantados, pudiera ir restándole simpatías hasta en los que más admiran el acto realizado por usted.

En las situaciones difíciles es cuando el hombre debe cuidarse más de contener los impulsos de su alma, hasta los más nobles, a fin de no desdibujar su silueta moral.

Una carta diaria de usted sabría a poco, si contribuyese a evidenciar algún punto del negocio de la escuadra.

Cuatro líneas nada más cada mes le perjudicarían, si tratase de otros asuntos.

Y al decirle a usted esto, que podía haber callado, me intereso más por el buen éxito de su patriótico empeño que quienes, cada cual por móvil distinto, le aplauden y corean."

## "Un gran proyecto

### Congreso Republicano Internacional y Federación Republicana española.

La Unión Republicana Autonomista de Valencia ha adoptado un acuerdo que llenará de inmenso júbilo a todos los republicanos españoles, que nos llena, a los valencianos, de orgullo, y abre nuestros pechos a la esperanza. Verrán los que conceptúan decadente el republicanismo español. Mienten a sabiendas los monárquicos que, confeccionando caprichosas estadísticas y combinando rarezas de logaritmia electoral, recuentan votos y proclaman con mentidas alegrías y falaces alharacas el triunfo del dinastismo borbónico. ¡Vana ilusión!

El alma española, la que late a tono con el tiempo, aborrece las instituciones hereditarias, odia el régimen a que se la somete por fuerza, pide a voz en grito la liquidación de los desastres coloniales. La Historia no admite estafas, y por vehemente que sea el empeño de Maura y Moret, por calculada que estén su política, su orientación, sus planes, el ímpetu, no sólo popular, sino nacional, ha desbaratado cien veces la vil tramoya saguntina, y aniquilará cuanto se oponga a la incontrastable expansión de las ideas.

Hemos triunfado los republicanos en donde existen núcleos de opinión, en las grandes ciudades. El abismo abierto entre la monarquía y el pueblo no puede salvarse más que con un cambio de instituciones. España es republicana; de sobra lo saben los monárquicos, y sus leyes, aun fingiendo una tendencia anticaciquista, tienden a sustituir la muerte tiranía rural por otra nueva, con diverso revoque, con distintas apariencias. Ya no queda a la monarquía más que el ruralismo, la campiña, los distritos sin comunicación con el alma ciudadana. Sólo en los campos, en donde la rebeldía tropieza con la inmediata execración del cura y la miserable amenaza del propietario, pueden los dinásticos reclutar masas, dolorosamente sometidas, que votan cuneros sintiendo repugnancia en la mano, maldiciendo entre sus dientes a quienes secuestran su soberanía.

Y esto va desapareciendo ya. La prensa republicana envía periódicamente a nuestros correligionarios del campo los latidos de la ciudad. Hay regiones en las que apenas si queda pueblecillo que no tenga su organización republicana, rudimentaria, sí, pero compuesta de bravos luchadores que contra toda persecución y todo vejamen defienden los redentores principios de libertad. Mucho hay que hacer todavía, desde el punto de vista de la propaganda, de la difusión y extensión de principios, sobre todo en un pueblo como el nuestro, hondamente supersticioso y analfabético. No volvíamos atrás la mirada para comparar, que si la diferencia en nuestro favor es muy notable, el porvenir nos espera, espera a los constructores de una nueva patria y en el contraste de lo que queda por hacer hemos de encontrar una fuente de renovadoras energías.

¿Cómo realizar esta obra colosal, comenzada ya desde há muchos años? ¿Cómo unir elementos dispersos, establecer un nexo entre las diversas organizaciones republicanas, trastornadas desde la aparición en la vida pública de la Solidaridad catalana? ¿Cómo volver al 25 de Marzo de 1903, animando voluntades decadas, inspirando entusiasmo a los tibios, fe a quienes la defección de los jefes o la traición de los engañadores arrancó toda ilusión, marchó toda esperanza? ¿Cómo levantar el espíritu de sistemática rebeldía contra las instituciones actuales, vigorizando el republicanismo español en toda su extensión, dándole un alma y una fisonomía nuevas, uniendo todo lo sano en una común aspiración y derribando o despreciando para siempre la infucunda generación de republicanos acomodaticios o transaccionistas?

Esta labor se propone realizarla Valencia, intentarla, cuando menos, esperando que su esfuerzo de gigante dé ópimo fruto para el partido republicano y para la patria.

La Unión Republicana Autonomista de Valencia ha acordado celebrar un Congreso Republicano Internacional y Federación Republicana Española. Ahora que la hermosa ciudad levantina ofrece al mundo su Exposición, certamen brillantísimo en el que se advierte el altísimo nivel de su cultura y de

su poder, queremos congregarnos en nuestra tierra no sólo a los republicanos españoles, sino a las primeras figuras del republicanismo latino.

Y a esta Asamblea asistirán diputados franceses, italianos, belgas y portugueses. A esta apo eos del republicanismo actual, punto inicial de nuestra futura vida, vendrán Naken, Lerroux, nuestro inmenso Costa, el gran Galdós... E invitaremos a la prensa republicana de toda España, con singular requerimiento para nuestros correligionarios de la región valenciana. Y organizaremos fiestas políticas desde el 5 al 8 de Septiembre. Aproximación de almas republicanas, inefable fraternidad política entre hermanos de raza y de ideales. De aquí saldrá la Federación Republicana Española que, congregando a todos los correligionarios en una común aspiración, consienta, sin embargo, la autonomía de todas las organizaciones federadas, según su carácter, sus necesidades locales, su peculiar desenvolvimiento.

Este es, a grandes rasgos, el proyecto de nuestro partido. En él palpita la exuberante idealidad de nuestros correligionarios, su espíritu de lucha, infatigable, más activo cada vez, como si presintiera sus grandes destinos. De aquí surgirá con nueva y robusta vida, el republicanismo; que ante nuestros adversarios queremos ofrecer el esplendoroso espectáculo de un partido regenerador preparando la patria nueva.

F. AZZATI

EL PUEBLO, 10 Junio 1909.

## FEDERACION REPUBLICANA ESPAÑOLA

En la reunión que la Junta Municipal de Unión Republicana de Valencia celebró anoche, adoptó el acuerdo importantísimo de celebrar durante la primera decena de Septiembre próximo un Congreso Republicano Internacional y una Asamblea para constituir la Federación Republicana Española.

De este acuerdo se o u ó en nuestro número de ayer nuestro director Sr. Azzati, esbozando tan sólo el proyecto grandioso concebido por nuestro partido, y que sin duda alguna alcanzará gran resonancia en España.

La Junta Municipal presidida por don Braulio Algarra acordó facultar al señor Azzati para que él designe las comisiones que tengan que ayudarle en los trabajos de organización de estas Asambleas republicanas.

El Sr. Azzati ha comenzado ya la preparación de bases y programas y en breve marcharán a Francia, Italia, Bélgica y Portugal representantes de nuestro partido con el objeto de visitar a importantes personalidades del republicanismo latino para que asistan al Congreso Republicano y a la constitución de la Federación Republicana Española.

Rogamos a nuestros colegas de la prensa republicana, acojan esta idea y la secunden al objeto de que los actos que se celebrarán en Valencia desde el 5 al 8 de Septiembre próximo alcancen gran esplendor.

Iremos publicando oportunamente cuanto con esta obra magna tenga referencia.

EL PUEBLO

11 Junio 1909.

## "Las Dominicales"

Han vuelto a aparecer.

Estamos de enhorabuena los que luchamos contra el clericalismo. El refuerzo que nos viene es poderoso.

Salud y suerte, amigo Lozano.

Cumplo un deber de patriotismo trasladando íntegro a *El Motín* este valiente artículo de Juan de Aragón, seudónimo que emplea en *La Correspondencia de España* su director, Leopoldo Romeo.

El ser archidinástico este periódico avalora el mérito del artículo, que contiene enseñanzas para todos.

## Ir a Marruecos es ir a la Revolución

La trompa bólica suena. En el Norte, en el Mediodía, en el Este y en el Oeste, se van haciendo preparativos; ya están dispuestos unos centenares de mulas; ya están preparando los botiquines; ya el gobierno ha

pedido un primer crédito de tres millones de pesetas, primer bocado al queso que vamos a roer. La trompa bólica suena.

Pero menester será que le pongamos sordina, y no estirar de más que los gobernantes que gobiernan y que el rey que reina mediten, acerca de si los riesgos que España va a correr yendo a Marruecos, serán o no más grandes de los que podría correr no yendo.

Yo creo honrada y lealmente que España y la monarquía corren riesgos muy grandes yendo a Marruecos, y como lo creo, lo digo; porque ni el patriotismo consiste en corear al buen tun tun la *Marcha de Cádiz*, ni el dinastismo se acrisola por decir a todo que sí, aun cuando al decirlo se contribuya a la ruina de un pueblo y se exponga el Régimen a serios peligros.

Razonemos, si razonar es aún lícito. Argumentemos, si argumentar es todavía tolerado.

¿A qué vamos a Marruecos? ¿A defender intereses comerciales? Pues si eso se dice, eso es mentira. Y es mentira, porque nosotros no tenemos comercio, en el sentido de expansión. Ahí están Tánger, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán, Safí, Mogador, Tetuán, Alcazarkebir y Fez. ¿Acaso comerciamos como no sea en ridícula cuantía? ¿Pero acaso no es cierto que hasta España está industrialmente en manos extranjeras? ¿Para qué, pues, venir con esa monserga que a nadie engaña?

Antes que pensar en abrir mercados, es menester pensar en crear la materia vendible, el producto elaborado, la industria. Puentes sin viandantes, caminos sin arriería, trenes sin mercancía, hoteles sin viajeros, instrucción sin escuelas, mercados sin industrias, sólo son... cosas de España! Yo comprendo que Inglaterra se abra mercados a tiros, porque tiene qué vender; pero abrirse mercados España a tiros, no me cabe en la cabeza.

¡Intereses comerciales! ¡Pero si eso es una ridícula mentira! En Marruecos, y es menester decirlo y repetirlo, no tenemos intereses comerciales que merezcan derramar ni una sola gota de sangre. Y además ¿acaso sacamos algo práctico con la famosa *Guerra de Africa*? ¿Acaso sacamos algo con la no menos famosa *Guerra de Melilla*?

No, no sacamos nada como nación. Nada, absolutamente nada.

¿Vamos a ensanchar nuestro suelo? Pues si a eso vamos, no debemos ir tan o o, porque, vamos a cuentas. ¿De qué nos sirve Fernando Pó, que es la isla más rica del Atlántico, según declaran cuantos la han visto? ¿No tenemos un Río de Oro que nadie sabe ni siquiera en dónde está? ¿No tenemos un Golfo de Guinea en el cual están olvidados los terrenos del Muni, que sólo sirven para costarnos dos millones de pesetas al año? ¿No tenemos unas islas Canarias sin ferrocarril, sin caminos, sin puertos, sin que España haya hecho nada, como en Gomera y Hierro?

Pues si eso es cierto, si lo que tenemos no lo explotamos, ¿no es intolerable el que ahora nos metan en aventuras ridículas a pretexto de explotaciones ilu-orias?

¿Vamos a Melilla? ¿Y eso para qué sirve, si desde Melilla a Zeluán no vale lo que mil hectáreas de Fernando Pó? ¿Vamos a Fráncia, y a Mazuz, y a Boniburriel, y a Bonisear, y hasta al mismo Muluya? ¿Pero por Dios santo, si todo eso no vale a la vista de un quintol?

¿A qué vamos pues? ¿A imponer nuestra autoridad? ¡Pero si nadie la regatea, ni nadie la desconoce, ni nadie atenta contra ella, ni nadie ni aun siquiera la amenaza! ¿A satisfacer un capricho? Pues España no es a para satisfacer caprichos de nadie, porque España ha aprendido a tener conciencia de sus derechos y de sus deberes. Y por haberlo aprendido, no tolerará en 1909 lo que tolero hace años.

Por intereses comerciales no podemos ir, por expansiones territoriales no nos dá la gana ir, ¿para qué, pues, todo ese bécico cianor, toda esa algaraz, todos esos créditos extraordinarios, toda esa rectificación de conducta política exterior, que nos lleva d salto, desde las humillaciones que aguantamos mansamente en Casablanca, en donde nuestros soldados hicieron bilis para un siglo, hasta las arrogancias de hoy?

¿Será acaso que se intenta sacudir al país para que el país se despierte, para que el país se desperce, para que el país se levante, para que el país se defienda, para que el país se revolucione?

Pues si eso se intenta, lo van a lograr.

Contra un país es imposible luchar. Y España, no quiere oír hablar de Marruecos. Acepten de media docena de caballos políticos, de unos cuantos bolistas de sube y baja y de otros cuantos pescadores de á



rio revuelto, nadie desea ni aventuras, ni provocaciones, ni ocupaciones innecesarias, ni expediciones fuera de tiempo y de lugar. Si España hubiese hecho algo en Fernando Póo y en el Muni; si el país comprendiese que con Marruecos íbamos a resolver algún problema, toleraría una política imperialista; pero como sabe que a Marruecos vamos a ir sin saber ni a qué ni para qué, no lo soporta.

Supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan 10, 20, 30, 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y para qué? Pues para nada. Absolutamente para nada, como no sea para gastar una centena de millones, que aquí hacen mucha falta y que allí no servirán para nada. Morirán unos cuantos soldados, ascenderán otros cuantos, enseñaremos una vez más nuestro desbarajuste, nos pondremos por centésima vez en ridículo llamando al tiroteo, escaramuza; a la escaramuza, acción de guerra; al encuentro de avanzadas, combate; al combate, batalla campal; enviaremos más generales que coronales, más jefes que oficiales, más oficiales que soldados, más promesas que realidades, más proyectos que hechos, y por todo sacar, sacaremos sólo una cosa: sangre al pueblo y dinero al contribuyente.

¿A qué mentir, si esa es la verdad? ¿Para qué hacernos ilusiones ridículas, si las cosas son lo que son y no lo que se quiere que sean?

Cuando ocupemos los territorios que deseamos ocupar, ¿qué haremos de ellos? Pues no haremos nada, porque si fuésemos capaces de hacer algo, ya lo haríamos en los alrededores de Madrid, que son más Riff que Frajana y más Marruecos que Mazuza, porque en Mazuza y en Frajana no hay lugares tan inmundos, con serlo mucho, como los inmundos lugares que a Madrid rodean, más bien muladares que cercanías de Corte.

Por las trazas, se está haciendo todo lo posible para que nos agraviem, para luego sacar el argumento del honor nacional y decirle al país, que no hubo más remedio que defenderse. Y esto es necesario destruirlo, porque es mentira. Así, en redondo, mentira, porque ni los rifeños, ni el Sultán quieren guerra con España. Lo que sucede es, que se está buscando el pretexto, y que no se encuentra. Fuimos a la Restinga, y no conseguimos tirar un tiro. Fuimos a Cabo del Agua y nos pasó lo mismo. Hemos ido hace pocos días en paseo militar por varias kabilas, y ni una insolencia. Hemos recorrido hace pocas horas las cercanías de Ceuta, y ni un insulto. Le hemos hecho al Sultán lo que no se le puede hacer ni a un rey de baraja, y sin ruptura. Llegaremos al Gurugú, y no olerá a la pólvora.

No se ve claro? ¿No se comprende bien que todo esto es una burda comedia preparatoria de la tragedia? ¿No se adivina que estamos buscando el que nos ataquen para sincerar la agresión? ¿No os recuerda todo esto, aquello de *«voy luscando a Fulano para insultarlo y ver si me pega un palo, para luego yo tener pretexto de pegarle un tiro»*?

Pues eso estamos haciendo con los moros. Y como todo tiene su límite, un día saltarán, y nos vendrá el Gobierno sacando el Cristo del honor nacional ultrajado, de la honra inmaculada de la bandera y de la intangibilidad del decoro del Ejército, como si el decoro del Ejército, la honra de la bandera y el honor nacional fuesen cosa que pudiese estar subordinada al insulto de un rifeño de retorno de Argelia.

No lo olviden los Gobiernos que gobiernan y los Reyes que reinan. Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será el ir. Maura dijo un día que el Proyecto de Asociaciones era la Guerra Civil.

Yo le digo, que el *Ir a Marruecos* es la Revolución; y al decirse, sirvo a la Patria y al Rey mucho mejor que haciendo creer al Rey y a la Patria, que el *ir a Marruecos* conviene a la Nación y a la Monarquía.

JUAN DE ARAGÓN

## Sin distinción de partidos

Siempre que la tal frase ha resonado en España, hemos asistido inmediatamente a alguna enorme e inútil hecatombe, ha votado el Congreso algún despilfarro fantástico, o ha estallado alguna guerra desastrosa.

Sesiones memorables con torrentes de elocuencia, vibraciones de épico patriotismo, arranques numantinos y trozos arrancados del libro de los Macabeos, amasaron la guerra de Africa, provocaron la de los Estados Unidos e hicieron posible esa insensatez que se llama construcción de la escuadra. Y, sin embargo, todo pide hoy en España que se celebren sesiones memorables, que se borren las diferencias de bandería, que todos los hombres de buena voluntad se confundan en un solo afecto, en un solo deseo, en un solo ideal.

Claro es que esas sesiones no pueden celebrarse en el Congreso ni en el Senado, por que allí ya se ha verificado la fusión, ya no hay más que un partido, ya no acampa más que un ejército, el partido y el ejército para los cuales la patria, el pueblo, la religión, la

moral, están compendiados, representados y contenidos en el principio monárquico Alfonso.

Esas sesiones memorables tienen que celebrarse en grandes plazas, en circos, en frontones, en medio del campo... Allí han de concurrir cuantos en estos momentos sienten el fuego de la indignación ante la hipocresía con nombre de religión, la tiranía fiosa con nombre de moral, la bacanal del chanchullo con nombre de política, el cinismo estóico con nombre de energía, la estupidez endiosada con nombre de estadista, el compadrazgo gitano con nombre de regeneración y las locuras de manicomio con nombre de planes y sistemas.

A esas sesiones habrán de concurrir cuantos no puedan sufrir por más tiempo la vista del pueblo trabajador, inteligente, noble, sometido a la presión de leyes, decretos, medidas, precios, jornales, trabajos, castigos, vejámenes y costumbres que son a manera de una prensa hidráulica que muele, aplasta los huesos, hace masa los músculos, deshace los nervios y exprime hasta la última gota de sangre, de savia, de existencia.

A esas sesiones no deben faltar aquellos para quienes aún es una verdad que los débiles, los enfermos, los huérfanos, *tienen derecho estricto* al pan, a la protección, al consuelo. Que no deberían ni aun tener que pedirlo porque es suyo, les pertenece, se les roba cuando no se les da.

Y por eso esas sesiones deben iniciarse los republicanos, renunciando a todas las diferencias, a todas las nomenclaturas, a todas las personalidades, para no acordarse más que del pueblo, de España...

P. C.

## Programa cumplido

Hace meses dijimos que los conservadores no traían en esta etapa otro programa que el de redondear unos cuantos asuntos, tales como el del monopolio del azúcar, el de la escuadra y el de la Trasatlántica, y que todo aquello de la ley del terrorismo, la del duelo y la de Administración local era pura música, para entretener un poco a la galería.

Véase si estuvimos acertados. El programa está cumplido. Y la ley del terrorismo, la del duelo y la de Administración local... extramuros.

No estarán descontentos sus amigos, los clericales y plutócratas. Bien espléndidamente le pagan su apoyo.

Y a todo esto el país... en la higuera. Adelante con la moralidad!

C. R.

## Salarios madrileños

El caso es que en Madrid habrá sobre 4.000 niños menores de catorce años, —y hay que ver lo que son catorce años de niños madrileños!— que trabajan en faenas esquiladoras, cargantes, aburridas, monótonas, *depauperantes*, capaces de infundir odio a la vida al más imbecil y también al más inteligente y capaz de abstracción.

Estos niños ganan por término medio de 60 a 75 céntimos por día, y contra lo que manda la ley, y más aún contra lo que requiere la más elemental noción de humanidad, los hay menores de once años.

Y hay muchos, muchos que trabajan diez y once horas; y catorce y diez y seis los ocupados en trabajos realizados en casa.

Dicen que estamos en una era de civilización y de progreso; los infinitos dolores y miserias que esconden los datos apuntados—quizá pecan por defecto—nos dicen que eso no es verdad.

Nos dicen que vivimos en plena barbarie y aún tenemos que andar mucho para merecer el nombre augusto de civilizados.

J. J. MORATO

## La propaganda

No hay quien me convenza de que con la propaganda se conquistaría el Poder. Si se me dice: «es que las cosas son muy complejas, hay intereses encontrados, no puede proceder de una vez, etc.», contestaré que lo peor de todo es esperar, porque peor que todo, incluso que la muerte a la desesperada, es el hambre, la ignorancia, las epidemias y las injusticias. Para los pobres de España, mejor que todo sería morir de cualquier manera. Muertos a tiros, con hijos y con mujeres... ¿Qué les puede hacer amar la vida? ¿Cómo pueden tener esperanzas, después de ver cómo se gobierna aquí? ¿Cómo pueden someterse a tan terrible injusticia y a tan terrible inferioridad? ¿Cómo no se comparan, y no se desesperan por lo tanto, con sus compañeros ingleses, belgas,

alemanes, norteamericanos, etc.? Las leyes han ido haciendo allá, que todos sepan leer y escribir, que todos tengan hogar, que todos tengan trabajo, que todos empleen a tener retiro, que las substancias sean baratas, que las enfermedades contagiosas desaparezcan, que el pensamiento se respete... ¿Qué tienen ellos aquí, los pobres de España, de todo ese derecho, de toda esa justicia de Dios?...

¿Quién va a creer, pues, sinceramente, teniendo buen corazón, que es preciso ir despacio, convenciendo minuto a minuto, en la calma de los siglos, a las almas empedernidas? Entonces, ¿cuándo va a acabar la tragedia española? ¿Quién es responsable de los asesinatos legales, de las espantosas muertes por hambre, por ignorancia y por injusticias?

No tengo fe en la propaganda. Los pobres, los que sufren el tremendo mal de esta gobernación para ricos exclusivamente, ya están convencidos. ¿Qué falta les hace a ellos propaganda? En cuanto a los demás, no tienen por qué dejarse convencer, o no leen, ni estudian, ni oyen, ni viven más que para sus egoísmos fieros. La propaganda ya no sirve. Los pobres, ya están convencidos: no haría falta más, que una medianísima organización, y un héroe, un poeta civil. Los otros se armarían después al Poder constituido, al principio por instinto, y después por educación, puesto que el nuevo Poder sería moderno y transformador.

¿A qué perder el tiempo en propaganda y en jugar a los discursos y a los periódicos? En España son los hambrientos y los descontentos más de noventa y cinco de cada cien. Nadie está a gusto, o por dificultades de sueldo o jornal con arreglo al precio de la vida, o porque no se le deja pensar libremente. ¿Qué propaganda hay que hacer entonces? Jugar a la propaganda es una de estas dos cosas: o miedo, o ganas de ir tirando.

Pero los pobres, esos que no tienen pan casi, ni escuela para los hijos, ni saben leer ellos, ni tienen más casa que una cueva, ni obtienen leyes que los beneficien, ¿qué ventaja tienen con ir tirando?

La propaganda no hace falta en España. El noventa y cinco por ciento sufre una injusticia legal. Así es que me conformaría con la evolución, pero desde el Poder...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

## FRAILE BÁRBARO

(Y pase el pleonismo.)

En el colegio marista de Calatayud (y va por segunda vez), uno de esos castos que no consiguen de los niños lo que quieren, azotó a una criatura con la cincha de su uso particular, causándole varias lesiones. El padre del niño denunció el suceso a la autoridad municipal.

Hizo bien; pero entendámonos:

¿Por qué llevó su hijo al colegio es? ¿No había en la población otro sin frailes?

El fraile es como es: grosero, cruel y mal educado, como sabemos todos. Por esto el que les entrega un hijo no puede luego en justicia llamarse a engaño si se lo estropean física o moralmente.

El padre que metiese un hijo en la jaula del tigre del Retiro, ¿tendría luego derecho a lamentarse de que se lo hubiera devorado? No.

Pues en el mismo caso está ese de Calatayud que ha acudido en queja a la autoridad.

Sin que yo trate al hacer esta comparación de ofender al pobre tigre, que al fin y al cabo se ve, por ley de Naturaleza, obligado a matar para vivir.

## ¡Hipócritas!

Gran servicio prestaría a las letras españolas quien estudiase la influencia ejercida en nuestras costumbres por la dominación teocrática y la censura inquisitorial.

Nuestros antepasados, que no podían pensar sino con arreglo a cánones de antemano establecidos, fueron, quizá por esto, grandes maestros en disfrazar ideas, escribir herejías entre líneas y en emplear toda suerte de rodeos, ingeniosidades y sutilezas para suavizar sus heterodoxos pensamientos.

La generación actual aumentó aquella hipocresía frívoluna y aquella timidez estudianta que recibió por fatal ley de herencia, y hoy más que nunca gusta de *dorar la píldora*, y recibir con movimientos de repulsión la verdad desnuda y sin ambajes.

La cobardía se ha enseñoreado de nuestra sociedad. Sujetos de moralidad dudosa, que viven bordeando los artículos del Código penal, y cuya historia es conocida por todos, son considerados como hombres *honrables*, porque nadie se atreve a tirar de la manta; individuos hay que, si recibieran todos los puntapiés que merecen, tendrían callosidades isquiáticas como los monos, y también pasan por personas decentes; a media voz se cuentan, a quien quiere oírlos,

las causas inmorales de tal ó cual combinación política, y la Prensa nada dice; se anuncian unas oposiciones, y es corriente oír: las plazas ya están dadas, tantas son para Fulano, cuantas para Mengano, y nadie protesta; hay diputados que conocen la historia íntima de muchos chanchullos, y se callan; nadie ignora qué provincias de España se gobiernan por un régimen feudal, son patrimonio de un cacique poderoso que a su antojo hace y deshace, y los esclavos se resignan; muchas compañías explotan sus productos poniendo en peligro la vida de los habitantes de toda una comarca y el mal se perpetúa porque los llamados a remediarlo están interesados en la explotación; muchas empresas viven a espaldas de la ley, todos las conocen, y la ley no se cumple.

Cuando un hombre honrado, un espíritu fuerte y desnudo de doblez, protesta indignado de este horror humano, de esta miseria social, como si se tratase de derribar el ídolo vengador de una tribu bárbara, la gente se espanta de tamaña audacia y huye aterrada del atrevido, dejándole aislado, solo, sin defensa.

Al que grita sofocado por la asfixia moral, se le felicita y se le alienta, pero en secreto, donde nadie lo vea ni lo oiga. —Duro, se le dice, eso es lo que hace falta; así, así, hablar claro, caiga lo que caiga. —Luego, en público, ya es otra cosa. Al lenguaje de la indignación se le llama *palabrotas del arroyo*; a la verdad, odio ó envidia.

El que en la mesa del café ó en la tertulia del casino saboreó con deleite todo lo que supo a escándalo y a lodo, se cree en el deber de protestar en público contra ciertas violencias, asemejándose al personaje de que habla Gautier, que no quería llevar su *querida* al teatro porque se hacían comedias inmorales. Todo el que se siente lastimado por el audaz atrevido, lo presenta ante el público como a uno de aquellos condenados al fuego eterno que dibujó Gustavo Doré, para *El infierno*, del Dante; hombre perverso por naturaleza, con un inmenso hígado hinchado por la bilis, de cara pálida y mirada torva, envidioso que lucha perpetuamente contra la impotencia y sólo tiene por móviles de su obra el despecho ó la antipatía personal. Nadie quiere ver en las palabras de aquel hombre palpitaciones de amor y entusiasmos hermosos por nobles ideales.

La burguesía inclina el espinazo como campo de mieses azotado por el viento, y al que permanece en pie se le empuja para que, como todos, se prostorne.

¿Cuántos que entraron en la lucha de la vida con grandes energías, pérdidas ilusiones y esperanzas, al ver que sus voces de angustia no encontraban eco, cayeron sin fuerzas a mitad del camino!

RICARDO FUENTE

## Los problemas del porvenir

Los rayos del sol caían a plomo sobre la extensa campiña, dorando la tierra al quebrarse en las aristas de las mieses maduras. La carretera venía de allá, de la población que se distinguía cercana, durmiendo la siesta en las primeras lomas, y serpenteando por la llanura iba a perderse en el otro extremo, entre un bosquecillo de álamos.

Reinaba el silencio augusto de los campos en las tardes abrasadoras del estío, que deja percibir el estallido del grano que revienta en la espiga, el zumbido de los insectos y el canto monótono de la cigarra. Cerca del camino, una cuadrilla de hombres tostados, que se doblaban por la cintura sobre la tierra, segaba un campo de trigo.

Primero se oyó un rumor sordo y lejano; después estalló como una tempestad. Del pueblo cercano salió la multitud como un torrente y se precipitó carretera adelante. Eran muchos hombres; se les veía avanzar agitados, enresapados como las olas, galopando como bestias, levantando nubes de polvo que daba tonos grises a sus blusas azules. Se acrecaban rápidamente. Se oían ya sus gritos amenazadores.

Delante iban dos ó tres, con la chaqueta al hombro y el sombrero inclinado sobre la oreja. Era una multitud furiosa que daba mueras a la burguesía y vivas a la revolución social. Llevaban los puños en alto, pero no se veía en sus manos ni un fusil, ni un acero. ¡Pobres gentes, que iban a pedir derechos con las manos vacías!

Pasaron al galope, como esos rebaños que cruzan en formidable avalancha las praderas de la Patagonia. Ni siquiera miraron hacia la cuadrilla de segadores que los contemplaba con cierto terror.

Algunos rezagados les dirigieron por toda salutación una blasfemia. Hubo uno más piadoso. —¡Eh, tú, Frascuelo! —le gritó con tono de zumba el más cercano. —Venite con nosotros. Luego hablaron cuatro palabras,



mi-entras el obrero se limpiaba el sudor. La tropa entretanto seguía su camino.

Allí cerca se veía una fábrica, rodeada de bosquecillos, ceñida por la curva del río arrojando al cielo bocanadas de humo por el altísimo cañón de su chimenea. Allí se dirigía la multitud.

Eran tejedores en huelga. Tenían un plan, un plan infalible. Iban en busca de sus compañeros, los trabajadores de aquella fábrica. El paro sería general en toda la comarca. Ahora verían los malitos burgueses. Había sonado la hora de la reivindicación y la venganza. Lo arrasarían todo, lo quemarían todo... ¡Once horas de trabajo!... Querían ocho. ¡Cuatro pesetas de jornal!... Querían seis. Y si no, nada. A luchar. ¡Viva la huelga! ¡Mueran los burgueses!

Dijo, y marchó a unirse con sus compañeros.

El pobre segador apenas alcanzó a comprender más que una palabra de toda aquella algarabía. ¡Los burgueses! ¡Ah, sí!... El enemigo. Pero ¿qué querían los obreros? ¿Cómo? ¿Ganaban cuatro pesetas y querían más? ¿Cómo? ¿Trabajaban once horas y se quejaban?

¡Ah! Ellos estaban unidos y asociados, no pagaban contribución por tierras miserables que nada producen; no tenían que abandonar su mujer, sus hijos, su *vaguina*, todo el hogar, para ganar pan de maíz para el invierno. Ellos llevaban camisas limpias, barbas sedosas, trajes cuidados; tenían casa y no la abandonaban, mujer y no la dejaban cavando la tierra. Ellos podían hacer manifestaciones, y organizar huelgas, y llevar representantes suyos a las corporaciones populares, y reclamar derechos, y protestar...

Todo esto no lo concretaba así el cerebro del pobre segador, atrofiado por la miseria y la ignorancia; pero tenía seguro que pudiendo un poco las ideas que le bailaban en la cabeza, quedaba eso, la comparación y la extrañeza.

Luego se cansó de meditar, se inclinó sobre la tierra, y, cogiendo con la mano izquierda un puñado de espigas, comenzó a segar.

Algunos días después volvió a pasar la turba. Eran menos y no tan compactos. Llevaban a sus mujeres y sus hijos. Los ojos resplandecían de satisfacción y había grupos que pasaban entonando alegres canciones.

Era domingo. Los segadores trabajaban en kilómetro más allá. Tras de sí quedaba un campo de rastros, salpicado de haces que el atropil amontonaba simétricamente. De pronto les saludó una voz alegre: —¡Hola, Frasquel!

Después se lo contó todo. Habían triunfado. Los burgueses, después de resistirse, habían transigido. Les aumentaban dos reales el jornal y les disminuían media hora el trabajo. Eso por el pronto. El año que viene sería otra cosa. Entonces, todo ó nada. Había que aplastar al burgués.

El pobre segador metió la hoz bajo el brazo y se sentó en un ribazo del camino. —Pues bien, ¿qué demonio! ¿por qué no había él de pedir otro tanto? Trabajaba de sol a sol y las noches secas de luna. Le pagaban mal y le daban de comer peor. ¡Ah! ¡Maldito sea el burgués, la fatalidad, la mala suerte que le había hecho nacer gallego y pobre!...

Meditaba en silencio, con aire sombrío, metida la cabeza entre las manos y apoyados los codos sobre las rodillas.

En esto llegó el amo, un hombre grosero, montado en una borriquilla, un campesino sordido y brutal. —¡Pachu! ¿Qué haces, maldito? ¿Me estás robando el dinero! —gritó el salvaje.

El pobre Pachu se levantó, metió mano a la hoz, miró al amo con sonrisa estúpida y por fin se inclinó sobre la tierra, doblándose por la cintura. Cogió un puñado de espigas con la mano izquierda, y sin querer tendió la vista hacia lo lejos. Allí, en las orillas del río, sobre la verde pradera, bajo la fresca sombra de los árboles, habían ó rebotaban alegremente los obreros.

El pobre Pachu, que llevaba doce horas trabajando al sol, con unas malas sopas en el estómago; que sentía abrasada la tapa de los sesos y le echaba humo la espalda; el pobre Pachu sintió en el corazón una cosa terrible que se le retorció en el pecho y luego se le anudaba en la garganta. Miró con odio a los obreros, metió la hoz entre las espigas, segó con furia, y murmuró con rabia: —¡Burgueses!

ALEJANDRO LERROUX

## QUEJAS DE LA CÁRCEL

Con ese título escribe *El Progreso*, de Barcelona:

«Hasta nosotros llegan noticias de algo que se dice ha ocurrido en la Cárcel y que merece ser aclarado, pues si fuese cierto, sería verdaderamente bochornoso.

Se trata de que, al establecerse el taller de alfarería, fueron allí destinados varios reclusos, algunos de los cuales, al enterarse de las condiciones en que estaban trabajando (y que, según se dice, son verda-

deramente insoportables), pidieron al director que no se les obligara a seguir en dicho taller.

Entonces el director, por no avenirse dichos reclusos a ser explotados, mandó que fueran enviados a celdas de castigo, en las que han de permanecer ¡seis meses!

Esto es verdaderamente inicuo, y preferimos creer que hay exageración en las noticias que hasta nosotros llegan, antes de suponer que se cometan cosas tan gordas en la prisión, sin duda por sarcasmo, llamada Modelo.»

Y yo a mi vez prefiero creer que mi querido colega habla en sentido irónico, al dudar de que haya podido cometerse ese atropello.

Más por si me equivocaré, ruégole que me indique las razones que tiene para dudar de que el Sr. Ródenas lo haya cometido.

Y si me convencen, modificaré por completo la opinión que tengo sobre el señor ese, uno de los más genuinos representantes de la arbitrariedad y la dureza en el Cuerpo de Penales.

## Un cura... cura

En la Arboleda jugaban a la pelota varios niños, sirviéndoles de frontón la tapia de la huerta del hospital.

En una de las jugadas la pelota cayó dentro de la huerta, y el niño Plácido Armachea, ayudado por sus amiguitos, escaló la tapia para recuperar el juguete.

El cura del hospital, D. Gervasio Pujana, vio a los muchachos y comenzó a tirarles piedras.

Y como Plácido no podía huir, le alcanzó una hiriéndole en la cabeza, y, bañado en sangre, cayó sin sentido al pie de la tapia.

El padre quiso dar cuenta al juzgado; pero desistió ante la amenaza de ser despedido de la mina donde gana el sustento.

Esto no prueba que el clericalismo exista, como dicen los impíos de mi calaña, ni que llegue ya su influencia hasta el extremo de condenar al hambre al padre que tenga sed de justicia, por haberle estropeado un hijo.

Lo que prueba sencillamente es que esos católicos que le impidieron acudir al juzgado, trataron de evitar que el cura agresor se viera al día siguiente periplo ante el ara santa confundiendo en un momento de alucinación la sangre del cordero inmaculado que se bebía en el santo sacrificio de la misa, con la del niño que él había derramado el día anterior.

Respetemos tan tiernos y delicados escrúpulos religiosos.

## Afrentas que honran

### SONETO

Ese hidalgo que veís tan orgulloso de su prosapia hablando a cada instante, despreciativo, ufano y arrogante y con más pretensiones que un coloso, descendiente de un villano del Toboso y una payesa, a la que el rey galante se dignó profanar, siendo su amante con leal gratitud del mismo esposo.

Y como el viejo honor murió villano y la afrenta nació tan elevada, justo era pagar el soberano el funeral de la honradez manchada, sacando del humilde estado llano a la que en él vivió cuando era honrada.

F. G. S.

## La lucha

Mis camaradas se encuentran en la hora triste del desaliento. ¿Qué luchador no tiene una hora de desaliento en su vida? Se miran silenciosos; la fe vacila en sus almas; en el centro de la estancia brilla una lucecilla tenue, que el aire frío de la noche — una noche de nieve — amenaza apagar. Parece que se siente a la Intrusa, que un cadáver querido vaga entre las sombras de la estancia. Es la hora sedante que sigue a las horas turbulentas de la lucha. La vieja gloriosa bandera yace en un rincón olvidada. Yo la miro como se mira a la juventud que ha huido. Sutil, el frío de la noche de nieve entra en los corazones. Mis camaradas tienen cabellos blancos, blancos como la nieve de la noche.

Yo también estoy grave; yo también medito. Un camarada ha hablado del Dios Exito. ¡El éxito, el triunfo! ¿Qué pensaría del éxito el primer cristiano que luchó por el Evangelio en medio de la sociedad pagana? ¿Qué pensaría del triunfo el primer rebelde que osó protestar contra la tiranía del dogma? ¿Qué pensaría del éxito el primer revolucionario que se atrevió a oponer la soberanía del pueblo al derecho divino de los reyes? ¿Qué pensarán del éxito, del triunfo, los que en medio de esta sociedad salvajemente individualista, anárquicamente individualista a la vez que brutalmente autoritaria, luchan por extender los sentimientos de solidaridad social y de responsabilidad individual? Yo no comprendo el éxito; yo lo desprecio como al más despreciable de los dioses. El último cristiano, el

cristiano del triunfo, es el sacerdote prevaricador, oficiante sacrilego en el altar de Manon, de que habla Carlyle. El último rebelde, el rebelde del éxito, es el pastor con su biblia bajo el brazo a modo de paraguas. El último revolucionario, el revolucionario del triunfo, es el cortesano complaciente, frívolo y amable, turiferario vil del poder.

Otro camarada ha hablado de la tolerancia, de la transigencia; transigencia, tolerancia. ¿Qué pensarían de ambas cosas los cristianos admirables del circo romano? ¿Qué pensarían de ambas cosas los rebeldes de la hoguera, los revolucionarios de la guillotina? Yo no comprendo al querido camarada. La fuerza de la idea, de la idea-fuerza de que habla Fouillée, es su intranquencia, su intolerancia. Idea que transige es idea que se mixtifica, que se corrompe, que se degrada. ¿Qué distancia de los cristianos del circo a monseñor Naní, el jesuita astuto y acomodaticio de Zola! ¿Qué diferencia entre Lutero y los pastores que Ibsen nos muestra, entre los yankees y sus ascendientes los puritanos! ¿Qué diferencia entre los conspicuos actores de nuestras farsas parlamentarias y los héroes oscuros, anónimos de la Revolución!

Los camaradas se levantan; marchan silenciosos, embozados en sus capas, con sus cabellos blancos, blancos como la nieve de la noche. Yo miro la vieja gloriosa bandera, que yace en un rincón olvidada. No me han convencido los camaradas; yo no tengo los cabellos blancos como la nieve de la noche. El frío de la calle no ha podido entrar en mi corazón. Miro la vieja bandera y recuerdo un artículo magnífico de Alfredo Calderón, el gran descorazonado, el gran pesimista. Como el maestro insigne, yo no comprendo el éxito, yo no comprendo la transigencia, la tolerancia. Yo sólo comprendo una cosa: ¡la lucha!

ALVARO DE ALBORNOZ

## Peregrinación "peregrina"

Los peregrinos que se dirigían a reverenciar a Santiago Apóstol en el vapor *Ciudad de Cádiz*, se sintieron poseídos de horroroso pánico a la altura del cabo Finisterre, porque un temporal de lluvia cayó sobre el buque resfriándoles la fe. No hay como el agua fría para apagar esta clase de entusiasmo.

La escena resultó bufa completamente. Los que ocupaban las literas cayeron al suelo despedidos por los fuertes bandazos que daba el *Ciudad de Cádiz*. Todos los peregrinos se arrodillaron y elevaron angustiosamente sus manos al cielo pidiendo misericordia.

Entre las nubes cárdenas debió haberseles aparecido Santiago, echando fuego por los ojos y hablándoles así:

—Enderezáos, como yo me enderezaba en la silla cuando iba en mi caballo blanco matando moros... Esto no es nada... ¡Si vierais la tempestad de flechas con que me obsequiaban los infieles!... ¡Vaya una fe la vuestra! ¿No sabéis que el Maestro salvó a Pedro cuando se hundía en las aguas? ¡Vamos! tenéis siquiera un poco de derechos, aunque no sea más que por el bien parecer, y no sintáis tanto miedo de perder la pelleja. ¡Cuidado que sois mándrias, y todo por cuatro gotas! Seguid mi ejemplo... Yo soy D. Santiago Matamoros, como decía Cervantes. No me deshonréis con vuestros lloriqueos, vosotros que os apellidáis devotos míos...

Pero, nada, no se les apareció. Y por fin llegaron a Santiago de Compostela los bravos peregrinos con unas leves contusiones (que no me duelen pizca), y dieron gracias a Dios porque no los había castigado más. ¡Si tendrán conciencia de lo que merecen! ¡A lo que han llegado los héroes de las cruzadas!

¡Ni Cacasenol!

### DE LITERATURA

## Por qué escribo novelas picarescas

Es muy sencillo. Porque los que servimos al público tenemos que seguirle en sus orientaciones, siempre dentro de la lógica y sin menoscabo de la dignidad artística.

Al gran público no se le puede ir hoy con novelas apacibles, de pequeños conflictos de la vida, las más de las veces fantásticos. Es perder el tiempo; no las quiere ni regaladas.

¿Tiene razón ese gran público? Indudablemente sí. Los hombres de mundo no deben leer novelas. No las han leído nunca. Y esos que abominan de estos tiempos y sueñan con regresiones ridículas, debían echar una mirada por nuestra literatura clásica, y verían que obras de grandes autores, que hasta llevan aprobación eclesiástica, son bastante menos «escrupulosas» que las más atrevidas de hoy. Y esto no es hablar por hablar. Textos cantan.

Además, es imbécil pretender que el hombre de treinta años lea los mismos libros que el párvulo de siete. Aun entre los hombres, ¿ha de exigirse a todos idénticas afec-

nes, vocación idéntica? Obras hay en todos los países para todos los gustos. En nuestra literatura clásica hay obras para santos varones y hay novelas para varones menos santos. Exijase al autor elegancia, ingenio al descubrir la realidad de la vida, que, como toda ella se basa en el amor, escabrosa es casi siempre, ya que escabrosa se llama a la lógica de la Naturaleza; exijasele gracejo y no grosería; exijasele arte, en una palabra, y todo lo demás huelga.

Para el arte están abiertos todos los campos, y es pabellón que abona la mercancía. Y como el arte está en todas partes ¿por qué regatearlo a veces sin más motivo que la influencia ajena ó el capricho propio? Velázquez pintó a Venus y pintó a Cristo, y el mundo entero lo venera.

Concluyo. De mí sé decir que, en mi humildad, acepto todos los géneros donde el arte entra como en su propia casa. Y yo no sé si este de las novelas picarescas lo concibo bien ó mal. Lo que sí afirmo es que lo hago honradamente y siempre con un fondo de moralidad efectiva.

FELIPE PÉREZ CAPO

## CARTAS

Y

## DEDICATORIAS

POR

JOSÉ NAKENS

Tres pesetas

A los suscriptores directos de EL MOTIN se les dará a dos pesetas.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras, ó sellos de Correos.

## CLERICALERÍAS

¡Plón, plón! ¡tan, tan, tin tin! ¡beel! ¡hiil! ¡joooon! ¡soo? ¡jarre! Gran ruido de cencerros, cencerillas, esquilas y golpes de pezuña; rebuznos, balidos, reñinchos, mucho graznar y voces humanas de pastor ó de arriero.

¿Qué es eso? ¿qué ocurre? ¿hay ganado trashumante? No es más que una doble peregrinación de españoles y de ingleses que han caído sobre Santiago de Galicia. Verás, lector, y te regocijarás, ¡qué diablo! estas cosas, ó son para irse muy lejos de España, si no se puede impedirles con la fuerza, ó para reírse, y vamos viviendo.

Ello fué, y no se trata de cuentos ó invenciones, que un rebaño de borregos católicos ingleses tuvo el capricho de conocer personalmente el grado de salvaje fanatismo de los españoles. Como tanto habían oído hablar de Santiago de Galicia y de sus fanáticas peregrinaciones históricas, notables por la cantidad de piojos que se dejaban en la ciudad gallega, pues fueron, y al mando de un obispo, el de Westminster, a Santiago se dirigieron en peregrinación, pero sin piojos; viajaban en primera con todas las comodidades imaginables para damas, caballeros y sacerdotes.

El bordón, la esclavina ornada de conchas, el sombrero sistema San Roque, y las sandalias, el arsenal clásico peregrinero, se lo dejaron en Londres; ¡bah, antigüez! Lo que más les preocupaba era ver el botafumeiro, gigantesco incensario (cabeza dentro de su cazoleta cuatro gallegos) que pende del techo de la Catedral, puesto allí para cubrir, quemando libras de incienso, la peste a todo género de inmundicias estadias que exhalan los devotos: catolicismo y grosería, son sinónimos.

Debe ser magnífico eso, tanto olor de santidad, digo, de roña sagrada, se dijeron los de Albión; no hay más que una España en el mundo y en ella un solo botafumeiro, porque el que maneja *Azorin* en el *A B C* para incensar a Maura y disimular el olor a podrido de la conservaduría, nada tiene de singular; conocemos eso.

Llegaron, pocos días hace, los *pikinglis* a Santiago; fueron bien recibidos por las autoridades neas civiles; el cardenal arzobispo, tan generoso que le llaman en Galicia, como a Romanones en Madrid, *el Gran Tacanol*, se corrió hasta hospedar gratis en su palacio al mitrado inglés y mantenerlo con judías, nabos y *grelos* a todo pasto.

—Hará usted penitencia —le dijo.

—Vaya si la hago —exclamó el inglés en cuanto concluyó el primer pienso cardenalicio. —Su eminencia debe estar muy pobre.

—Así, así; no saco a estos gallegos más que cincuenta y tantos a sesenta mil duros al año, palacio de guagua y regalillos.

—¡Schoking! ¡doce mil libras esterlinas. Ya dan para nabos de todas clases, ya, repuso el inglés.

En la basílica gran función; muévase el botafumeiro que es un gusto.

—¡Oh la great attraction! —murmuran



emocionados y con la boca abierta los extranjeros.

Pero les aguardaba la mayor de las sorpresas, y aquí viene lo bueno. Sabedores unas cuantas manadas de gallegos neos del alvenimiento de los forasteros, idearon darles una lección de peregrinar a lo clásico y castizo, no a la moderna. En vez de lección resultó el espectáculo más típico y divertido: atiende, lector amable.

Cuando los ingleses llevaban un par de días en Santago, les dijeron:

—Ahí vienen en peregrinación los bergantinos.

—¡Oh! contestaron no sin extrañeza ¿unos bergantinos pequeños?

—No, queridos, son los de cierto arciprestazgo de la diócesis: helos ahí.

¡Cosa nunca vista por ingleses! Unas cinco mil cabezas de peregrinos, tres mil de ellas machos, entraban a son de música en la plaza al dar las once de la mañana: las capitaneaban varios curas bozales. Este rebaño piara era el que producía el ruido antes mencionado. Gente de todas clases... pobres ó medianos, corderos, burros, mulos, caballos, cabritos, una enormidad de ganado católico mal traído y calado hasta los huesos.

¡Agarrarse! Había caminado a pie unas doce horas, diez leguas de malos senderos baj una lluvia torrencial... Hace falta ser mas bestia que todas las bestias juntas para hacer por su gusto lo que sólo a la fuerza y amenazado por el palo, realizaría cualquier animal. Un exenador, en compañía de dos diputados, llevaba el estandarte; no faltaban pendones. Por supuesto, los tres señores no habían hecho las diez leguas a pata.

Imagínese la estupefacción de los ingleses. Por bárbaros tenían a los católicos españoles, pero no tanto. Hasta del botafumeiro se olvidaron al contemplar aquella desdicha. ¡Diez leguas a pie y calados para visitar el zancarrón de un hombre cuya existencia misma es problemática! ¿Ganancia á raya? Una indulgencia como otra cualquiera de las que sin salir de su casa puede lucrar todo católico, tenga ó no sentido común.

Anto esto, les pareció paja á los ingleses atónitos el discurso del alcalde, que habló peor que el arzobispo; las músicas, la procesión, el lunch y demás menudencias obligadas. ¡La piara de los cinco mil, la piara! —exclamaban; ¡monumental!

Un detalle. Los tales inglesitos parece que eran sencillamente turistas disfrazados de peregrinos para no desentonar en España; lo prueba el que mostraron empeño por... ¿ver los huesos de Santiago? ¿Las alhajas? ¿Las antigüedades religiosas locales ó las carroñas del relicario? No, ¡los bailes del país! que, en efecto, se ejecutaron en su presencia para complacerlos. Este número profano y pecaminoso no ha figurado jamás en peregrinación alguna.

Gustó; pero los ingleses no cesaban de decir: «La piara... la piara... ¡Oh, qué bestias!»

JOSÉ FERRÁNDIZ

## Privilegios de raza

En Barcelona ha muerto un veterano de la guerra de Africa. De él se cuenta que fué un héroe, y para confirmar lo heroico de sus andanzas guerreras se afirma que, mano á mano con la muerte, hizo suyas más de una victoria, y pudo mostrar en lo recio de su pecho la noble cruz de San Fernando. Este hombre glorioso, que empleó lo más bueno de su vida, la mocedad, en pelear por la patria, ha muerto en la miseria. La vejez del héroe, del antiguo guerrero, fué existencia de mendigo trashumante, y como el sabio de la fábula, buscó y halló su sustento en lo que nadie quiso. Traperero murió con la cruz de San Fernando, tal vez por lo inexcusable de esa ley que juzga por igual á ricos y pobres, caballeros y villanos, reyes y príncipes y plebeyos y rufianes, y los da á los gusanos como pasto de un día. Su nombre quizás no figure en la Historia. La Historia, no obstante la noble austeridad que se le atribuye y la severa justicia que la inspira, no suele detenerse en estos héroes humildes. La Historia, como las mujeres, gusta de la pompa, del boato y de la magnificencia, y por eso acaso sus hojas son la vida y las hazañas de los grandes, de los poderosos, de los magníficos.

Esé buen hombre que ha honrado el oficio de traperero, probablemente en la época en que otros hombres deshonraban hasta el deshonor, es una lección saludable para los soñadores de hoy, que ven abrirse la gloria al otro lado del Estrecho y sienten la fascinación de la quimera que les sonríe amable, ofreciéndose, fácil y tentadora, como la bella reina de Saba al dolorido San Antonio en la soledad del yermo. En los héroes subsisten todavía los privilegios de raza. Los héroes de la raza privilegiada—reyes, príncipes, nobles, generales—son los que deslumbran á los historiadores con su boato y su pompa magnífica, los que gozan en vida todas las grandezas, todos los honores y todos los respetos, y son como imágenes de un culto de valentía, desinterés y abnegación. Mas de los héroes de las razas inferiores po-

cos son los que alcanzan a ser admirados. En las grandes batallas los historiadores cuentan los muertos en montón, por centenares, á miles, y sobre su memoria alzan estatuas á los que por pura sabiduría supieron resguardarse para recoger la heroicidad de todos y transmitirla á sus descendientes. A los héroes de la plebe, como á los artistas y los poetas, sólo se los glorifica en las honras fúnebres.

La historia de ese pobre hombre, desoladora y ruda, como todo lo que es verdad, puede ser ejemplo siludable, para los que sueñan en la gloria. Sin ir al Africa se puede ser muy grande héroe. Las ascensiones en globo, las carreras de caballos, de automóviles y de blandros, hoy dan cuantos héroes y grandes hombres se necesitan y ellas son las encargadas de mantener todas las hazañas peregrinas de heroicidad. ¿Para qué ir al Africa por una noble cruz que, á la postre, sólo sirve para morir de traperero? Sin codiciar la guerra, sin soñar en las victorias y los triunfos que hacen amable la muerte, sin exponer la vida, pueden obtenerse todos los honores y todas las riquezas. Para lograrlos no son menester ni valentía ni abnegación. Basta con deponer algo de orgullo, saber valerse del mismo ingenio que suele mal emplearse en una acción de guerra, y tomar historiadores en vez de criados. Luego, con los años, los hijos sabrán desquitarse de las humillaciones y renunciadas de los padres, y para ellos serán las glorias que se ganan desde donde no se expone la vida y se mueven los Ejércitos para las matanzas con la ilusión que las figuras de ajedrez.

GUSTAVO

## El Penal de Cartagena

El Sr. D. Tomás Maestre ha dicho en el Senado, «que el presidio de Cartagena es un baldón para aquella ciudad, y al mismo tiempo una ignominia para la administración de justicia española; que carece de toda condición de habitabilidad; que tiene trazas de mazmorra de la Edad Media; que los dormitorios no tienen pavimento, siendo su suelo de tierra moediza, que con el continuo pisar de los pobres penados forma una atmósfera de polvo infecto por el batus de la tuberculosis, siendo esa enfermedad del desaseo y de la miseria la que mata el 80 por 100 de la población del presidio; que lo mismo sucede en todos los talleres, en los que la densa atmósfera de polvo lleva en suspensión los detritus del esparto, del cuero y del cáñamo, lo cual aumenta la morbilidad de ambiente tan insano».

Después de señalar otras deficiencias, añadió, «que tal espectáculo mueve á piedad al corazón mas duro; que hay que odiar el crimen, pero hay que compadecer al delincuente; y que hoy que las corrientes humanitarias de la pena van hacia las doctrinas correccionales y redentoras, no creía que hubiera derecho á someter á infelices seres humanos á castigo como el que representa esa vida de penal; y que es de urgencia indeclinable, es de humanidad, que no tiene aplazamiento, el hacer allí reformas en beneficio de la higiene y de la salud de los penados y de los empleados; y que ya que no se pueda trasladar inmediatamente el presidio, que se realicen las reformas que la higiene y la salubridad piden, para hacer de aquel centro, no un centro de castigo inhumano para los infelices reclusos, á la par que un centro de infección moral y física para la población, sino un centro regenerador de la voluntad de los pobres de espíritu que cayeron por débiles, pues no hay debilidad mayor que aquella que nos impide vencer á la bestia que, según San Pablo, todo hombre lleva dentro de sí».

Lo que ha dicho el Sr. Maestre del Penal de Cartagena, puede aplicarse á todos los de España. Y lo que ha llamado lo mismo.

Porque ha llamado algo más grave lo que ha dicho: la conducta de los altos empleados con los presos.

Hay algunas excepciones, aunque pocas. La imparcialidad ante todo.

## ANDANDO POR MADRID

La exposición de la infancia.

No vamos á entrar en el fondo de la cuestión. Si es un éxito ó un fracaso, nuestros lectores lo verán. Unicamente vamos á decir algo de lo que allí falta y algo de lo que hay nuevo.

Faltan en primer lugar los bazares. La Unión, X. Medol, etc., brillan por su ausencia. Naturalmente, vendiendo ellos juguetes y tratándose de niños, no deben llevarlos por sí los rompen. Tome nota el Sr. Moret para la atracción de forasteros.

De todas las escuelas de Madrid sólo una ha concurrido. Lo que dirán los maestros: «Llevar allí los niños! ¡Darles aire puro! ¡Buscar un pretexto para que se distraigan y se oxigenen! Es muy peligroso. Al que está sin comer ocho días y le dan un bistek, corre peligro de enfermarse. Es mejor no llevarlos». Y ¿saben ustedes por qué no han

ido ni han mandado nada de lo que hacen los alumnos? Pues porque los jefes, los mangoneadores de escuelas, los que mantienen el estado actual de cosas (alguno de los cuales es miembro de la Comisión de la Exposición), se lo han impedido. Por lo menos no se lo han recomendado. Y naturalmente... ¡Es tan cómodo no hacer nada! ¡Es tan expuesto á censuras poner á la vista del público el interior de una escuela! Si yo hubiera sido maestro, mande un modelo de retrete (de los existentes, claro está, sin agua, luz, ni ventilación) y un análisis bacteriológico del aire que respiran los chicos dentro de la escuela.

Pero nada de esto se ha hecho; seguimos muriendo sin protesta, sin una sacudida de virilidad que dé al traste con tanto embustero, hipócrita ó farsante como figura en cuantas juntas le salen al paso para que su nombre suene, y esteriliza ó dificulta la labor de los demás, para que las iniciativas de otros no obscurezcan su insignificancia.

**Escuelas al aire libre.**—Es la única novedad de la Exposición. ¿A quién se debe? A los desconocidos. Hace años se constituyó con bombos y platillos la Sociedad de Amigos de la Higiene (siguiendo las iniciativas de unos cuantos que la constituyeron en un distrito y de los cuales se prescindió); hubo sesión solemne en el Ayuntamiento, desfile de superhombres, derroche de oratoria, se nombraron comisiones para los distritos: (en la que menos, figuraban tres ó cuatro notabilidades) y se declaró de utilidad pública, etc., etc. Nada existe de todo aquello. Solo los desconocidos del distrito del Hospital siguen su labor y traen algo moderno.

La Escuela de aire libre, con sus espacios destinados á juegos físicos, sus clases entre árboles, su huerta y jardín que cuidan los mismos alumnos, la cría de abejas, ganado de cerda, gallinas, palomas, etc., como precursor de la industria de la miel, cera, seda... Edificios cubiertos para los días de lluvia... Dormitorios abiertos... El sumun de la higiene.

Viendo aquello se me ocurrió una idea. ¿Qué inconveniente habría en que todos los profesores de todas las escuelas diesen sus clases al aire libre, teniendo como tenemos en Madrid la suerte de disfrutar trescientos días al año en que esto puede hacerse?

Las tardes, ó las mañanas, según la estación, las dedicarían al colegio para las clases que requieren utensilios, labores, escritura, etc., y mañanas ó tardes vacantes, al aire libre á dar clases orales y juegos físicos. Teniendo un Retiro, un Báltico, un Parque del Oeste, una Dehesa de la Arganzuela, unos Viveros, una Florida, una Pradera del Corregidor, una Casa de Campo, ¿qué falta? La voluntad de los que pueden hacerlo, mandarlo ó imponerlo.

Y termino con un consejo á los constantes propagandistas del distrito del Hospital. Abran dos ó tres clases de aire libre para el próximo curso, demuestren con el hecho á autoridades y superlambres de la pedagogía que habría alumnos y que se les podría enseñar, y los niños que asistan serán candidatos que se resten á la anemia, al raquitismo, á la tuberculosis y á la muerte.

JUAN PÉREZ

## i Milagro!

En Montemayor descargó una formidable tempestad.

Salió un rayo en la torre de la iglesia. Salió de estampía la campana mayor, perforando la techumbre.

Cayó de golpe en el templo. No mató ni hirió á ningún devoto, milagrosamente.

Porque la iglesia estaba absolutamente vacía.

## Hablando en católico

Mis impresiones de la procesión del Corpus fueron éstas:

En la Eucaristía está realmente Jesucristo, Dios y Hombre verdadero; el mismo que hizo el cielo y la tierra, el que murió en la Cruz por redimir al mundo; el que fundó la Iglesia dotándola con los sacramentos, y el sacerdocio, elevándolo á dignidad casi divina; el que ha de juzgar á la humanidad entra en el día del juicio y el que da coronas y poder á los reyes, á los nobles, á los gobernantes. La procesión del Corpus, es el paseo triunfal del mismo Dios Omnipotente por las plazas y calles de Madrid.

Y en seguida veo que el Nuncio Apostólico, representante del Papa, tiene privilegio y no acompaña á Jesucristo Sacramentado; el obispo de Sión, de la jurisdicción palatina, tiene privilegio y no acompaña á Jesucristo Sacramentado; los sacerdotes de la Nunciatura y Tribunal de la Rota, tienen también el mismo privilegio y no van á la procesión; ni van los capellanes de honor, ni los jesuitas, ni las Ordenes religiosas que, á lo más, envían una comisión; ni los grandes de España, ni los caballeros del Toisón, ni los ministros de la Corona, ni los senadores, ni los diputados...

No van más que los curas parroquiales, obligados por la amenaza de suspensión, el Gobernador y el Alcalde, obligados por el ministro, y el Prelado Diocesano, compelido por ineludible deber...

Lo cual demuestra que nuestra sociedad, cuyo catolicismo llega hasta cerrar los teatros á las doce y media, cree tanto en el Dogma de la Presencia Real, como en la fe de Maura, en el talento de Lacierva, en el liberalismo de Moret y en el republicanismo de Azcarate.

Es decir, que no cree honrada y verdaderamente en nada.

Que es lo que vengo diciendo hace años.

## HAY QUE SUPRIMIRLOS

"Pocos consistorios, y menos cardenales." (Pío X.)

Lo he dicho otras veces, y lo repito ahora: yo acabaré por reconciliarme con este Papa.

Unas veces á lo somnoliento, otras á lo patán y á lo tío Diego, en diferentes ocasiones ha puesto el dedo en la llaga. Lo malo es que no predica con el ejemplo, pues debiera dar al traste con las mil cortapisas que le ponen los parásitos del Vaticano, y echando por la calle del medio, acabar con tanta farsa y farándula como allí anida. ¿No puede hacerlo? ¿No quiere hacerlo? Aquí está el busilis. Porque es muy cómodo decir: «Yo haría esto y lo otro; pero no me dejan». Con este sistema se obtienen dos ventajas: se pasa por hombre serio y de espíritu, y al mismo tiempo se siguen gozando las gangas que se proponía suprimir.

Mil veces se ha dicho: «Si el Santo Padre siguiera su propio impulso, habría ya salido del Vaticano, se habría reconciliado con el rey de Italia, y estaría á partir un pinón con la República francesa, á pesar de la separación. Pero el Papa no es José Sarto, es Pío X, esto es, sobre él están los derechos, tradiciones y privilegios de la Iglesia, que no puede arrojar por la borda, y ha de estar amarrado al yunque quieras ó no, y sacrificar sus generosas aspiraciones de particular ante sus sagrados deberes de pontífice».

Si, entendido. Este argumento sofisticado del hombre público y particular, de la vida privada y oficial, nos lo sabemos de memoria; se ha abusado ya mucho de él en política, religión, arte, literatura, etc., y está muy desacreditado.

En primer término, el Papa, autoridad suprema dentro de la Iglesia, puede hacer en ella todo cuanto quiera, mientras no atente al dogma y á las verdades reveladas. En materia de disciplina universal eclesial, su autoridad no tiene límites; ni siquiera necesita que refrende sus actos un concilio ecuménico amañado para el caso; y puesto que Pío X se sentó en el solio papal con el plan de restaurar todas las cosas en Cristo, ¿por qué no lo hace? Que con las enmiendas, reformas y supresiones se dañen los intereses creados de muchos, es indudable; pero precisamente eso es el objeto, cortar tales corruptelas; y nunca el reformador debe pararse ante el grito del logrero y del truchmán que se escapa por las mallas de la ley haciendo su agosto.

Tan tupida es la tejida dentro del Vaticano por el favoritismo y la avaricia, que el Papa no se puede rebullir sin escuchar por todas partes gritos angustiosos que columbran la pérdida del pan; y cuando las protestas arrancan del estómago, tienen una energía y elocuencia aterradoras.

Pío X no ha roto la prisión ficticia que se creó Pío IX, por no destruir el chorrillo de oro que cae en las cajas vaticanas adornado con el pomposo título de *dinero de San Pedro*; ha beatificado á Juana de Arco, para lanzar un guante á la democracia francesa; se cartea con el emperador Guillermo y le brinda el proectorado de Oriente, para pinchar los recelos italianos y galos, recibo á D. Carlos en su casa con honores regioes, para asustar á la monarquía española; tolera los desaciertos y gansadas de Merco por no malquistarse con los jesuitas, que se lo han impuesto y lo manejan como un autómata; condena á los modernistas, porque le asusta que el pueblo fiel penetre á fondo en el laberinto de gansadas de la Biblia; sigue entre el fausto y el esplendor, porque así lo exige su papel de pontífice-rey, y suprime el veto en las elecciones papales, para que otro no tenga la chiripa que él, que salió elegido por carambola.

Pero ahora parece que va de veras. Pío X quiere meter mano en eso de los Consistorios y de los cardenales. El Consistorio, reunión solemne, en la que él publica, *preconiza* á los obispos recién elegidos, y designa los nuevos cardenales, es una ceremonia ilusoria, anticuada, y sin razón alguna de existir. Se manifiestan los nombres de los elegidos, y el Papa pregunta á los circunstantes, *quid vobis videtur?* (¿qué os parece?); y, claro está, todo el mundo se calla, porque tomar parecer de una cosa que ya está hecha y acordada sin remisión, es una fórmula tan tonta y vacía de sentido como aquella de las Reales órdenes: *S. M. el rey ha dispuesto que, etc.*

Ahora se nombrarán los cardenales y obispos por bulas, sin Consistorios, ni ceremonias tan inútiles como costosas... para el Papa. Porque bueno es que se sepa, que en los Consistorios bulle un enjambre de *prelati* y oficiales de curia, que en forma de



propinas y derechos se llevan una rica tajada, de la cual algo pone el tesoro pontificio, y eso es lo que doña, y el resto los agraciados.

El cupo completo de cardenales es setenta y dos, en recuerdo de otros tantos discípulos que tuvo Jesús en su clase de religión; existen ahora unas veinte vacantes; y como a los cardenales que residen en Roma ha de llenarles la posebrera el Papa, de ahí la ecomía en los nombramientos.

España tiene la alta honra de costear todos los gastos que ocasiona el nombramiento de cardenal de cualquiera de sus obispos, y que cuestan unas veinte mil pesetas, además de aumentar mil duros en el sueldo de cada cardenal. El coste de las bulas de los nuevos prelados también los paga el Gobierno; y cuando los cardenales españoles van a Roma para la elección de un nuevo Papa, se otorgan cinco mil pesetas a cada uno para que hagan el viaje con todo recreo.

De modo que no es España la menos interesada en que Pío X lleve a la práctica su plan de pocos cardenales, pues nos cuestan un sentido, no resultando tampoco la cosa muy económica para los elegidos, que han de colmar de agasajos y propinas al ablegado pontificio y guardia noble que le traen el birrete, aunque esto no sale de lo vivo, pues ya se ingenia el nuevo cardenal para sacarlo de los fondos de reserva diocesanos.

El día en que rijan los destinos de España hombres que la quieren de voras, se abolirá en absoluto el artículo 31 del Concordato, mejor dicho, el Concordato entero, y el que quiera obispos que se los pague, y el que desee cardenales que se los pinte.

La vergüenza y el decoro nacional exigen que en nuestro país no queden más cardenales que los que grave en los lucidos lomos de los ricos la robusta estaca de la República española.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Junio 1909.

## LAS DIETAS DE BAUDIN

En las mañanas luminosas, en los crepusculos serenos, cuando la juventud pseudo elegante, contenta de la vida y satisfecha de su sastre, por esas calles brujulea, no topas con algunos de esos distinguidos mozos que lucen por la limpia acera el pantalón arremangado? No ha llovido, ni hay barro que puedan salpicar el pantalón de legítima tela de Tarrasa. ¿Por qué, entonces, se sigue esa costumbre singular y esa moda grotesca? Un día Virgilio nos lo explicó: es porque llueve en Londres...

Por razón parecida, el Sr. Salvatella, distinguido joven, procedente de la industria La Bisbal, en la provincia de Gerona, ha solicitado dietas... ¿Para los buenos fabricantes de tapones de corcho? No; para los diputados. Con hacerse cargo de una cosa, la pretensión se explica: es porque en «la France» hay dietas...

Se podría objetar que aquel país es distinto del nuestro, que hay allí otras —y tan otras— costumbres políticas, y, sobre todo, diputados que no tenemos por aquí... Y ya que hablamos de las dietas, ¿por qué no hacer comparaciones? ¿Quién no recuerda al gran Baudin? Diputado republicano en aquella Cámara que el príncipe Napoleón disolvía, el pueblo, cuyos derechos representaba, azotó el rostro de Baudin con una frase irónica y cruel, y en la que aludía a los 25 francos de dietas que, como miembro de la Cámara, aquel percibía. Baudin supo dar a tal injuria una épica contestación, digna de los héroes de Plutarco.

Emilio Olivier, en el segundo tomo del Imperio liberal, narra imparcialmente los sucesos que se desarrollaron en la trágica noche del 3 de Diciembre. Los republicanos comprendían que dar decretos que no se podía hacer imprimir, y llamar al pueblo a las armas, encontrándose ellos entre cuatro paredes, era caer en el ridículo. Los más esforzados, entre ellos Esquirós, Flotte, Dulac, Baudin, queriendo excitar a la revolución, tu ron ellos mismos a construir una barricada al «faubourg» de San Antonio, en la calle de Margarita. ¿A las armas! ¿Quien quiera vivir y morir libre, que nos siga...», grita Flotte, en medio de una compacta muchedumbre. Y este grito cae como una tea encendida entre las olas del mar.

La invencible inercia del pueblo no abate el corazón de los republicanos; avanzan, seguidos de un centenar de hombres, desarmados, dos cuartelillos de gendarmes, se procuran así dos ó tres docenas de fusiles, vuelcan dos carros y un ómnibus, y empiezan a construir una barricada... Baudin invita a algunos obreros a ayudarles...

—¿Credéis —le responde uno de ellos— que nosotros nos vamos a hacer matar por salvar vuestros 25 francos?

—Quedáis aquí —dice con heroica melancolía Baudin— y veréis cómo se muere por 25 francos.

Pero en este instante llega un niño corriendo y gritando: «La tropa!» En efecto; dos compañías acercábanse a paso de carga... Son recibidas con gritos formidables de «¡Viva la República! ¡Abajo el tirano! ¡Abajo el usurpador!», y de «¡Viva la Constitución! ¡Viva el Ejército!». Las tropas comienzan a escalar la barricada, cuando en la cima de ella, extendiendo los brazos, como para reclamar silencio, aparece un

nombre de elevada estatura, ostentando las insignias de representante del país. Es Baudin.

Reina un instante de silencio y se escuchan, muy distintamente, estas palabras: «Nosotros defendemos la Constitución; nosotros somos los elegidos del Pueblo; nosotros servimos a la República...» Y tratando de buscar una salida por los carruajes volcados, Baudin se acercaba a las tropas.

El instante era solemne: todos los oficiales de las compañías Henri y Sautex se habían reunido al pie de la barricada, cuando el capitán Henri contestó al diputado Baudin:

—No os digo lo contrario; pero tenemos la orden de pasar, y pasaremos; ya del otro lado, nosotros dejaremos los fusiles, y vosotros haréis política, si os parece bien.

Baudin había llegado en medio de las tropas. Profundamente emocionado, renovaba su protesta. Los dos capitanes respondían con tranquilidad: «Nosotros ejecutamos una orden que nos está prohibido el discutir.» Y el subteniente Mégrer, a quien Baudin estrechaba la mano izquierda, le hizo fijarse en las mujeres y en los niños, cuyas cabezitas aparecían por detrás de la barricada. «¡Ved! —le decía—. Si un disparo saliese de entre vosotros, nuestros fusiles contestarían, matando tal vez a inocentes...»

Pero Baudin, excitándose cada vez más, gritó: «Nosotros somos el Derecho!»

—Nosotros somos el Deber —contesta el capitán Henri—. ¡Retíraos!

Baudin, haciendo un ademán de desesperación, vuelve a subir a la barricada, cuando un disparo de fusil, uno solo, resuena, y uno de los soldados de Henri cae herido. Sin orden alguna, cinco soldados disparan a su vez, y entre el humo se ve a Baudin, que ya en la cima de la barricada se desploma sin vida.

Actualmente, en París, un monumento artístico recuerda a los franceses la épica jornada del 3 de Diciembre de 1851, cuando un puñado de patriotas contestó al inicuo golpe de Estado, que dió muerte a la segunda República, con aquella gloriosa resistencia, que es una página de la Historia contemporánea, digna de ser leída por el pueblo de hoy, que tanto suele desconfiar, y a veces con tanta injusticia, de la mayor parte de sus conductores y de sus jefes.

¿Qué pueblo, si es agradecido, no llega hasta sacrificarse, pagando con largueza las dietas de un Baudin? Un grupo del pueblo, sin embargo, echó en cara al patriota sus 25 francos. Mas, ¿brillaría como brilló el buen caballero de la Triste Figura, si no tuviese que escuchar la voz de su escudero? Sancho, el egoísta, el socarrón, se da por bien recompensado con los escudos de oro de Cardenio, y únicamente Don Quijote prescinde de la paga y sabe morir por las ideas...

ANTONIO CORTÓN

## Tolerancia cara

El cura de Tortolá (un pueblecillo de la provincia de Guadalajara) tuvo que alojarse en una ermita, en donde hacía sus oficios por haberse arruinado la iglesia.

Pero aquí era chico lugar para el humilde discípulo del que nació en un pesebre, y decidió acudir a las almas piadosas en demanda de recursos con que renovar el avejentado templo.

Y excitó la fe de los católicos de su provincia, y trabajó el asunto en Madrid, y volvió a Roma con Santiago inútilmente, porque todos los de su religión suelen predicar, pero no dan trigo.

Y se le ocurrió una diabólica idea: venir a la Villa del oso y el madroño, solicitar del republicano Sol y Ortega lo que no había logrado obtener de sus píos correligionarios, y...

En efecto, a las doce horas de la súplica recibió de manos de Sol y Ortega un libramiento por valor de mil duros, que el senador republicano había conseguido del ministro de Gracia y Justicia.

—¿Cómo podría yo servirle? —preguntó atorolado el cura de Tortolá.

—Muy sencillamente —respondió Sol—. Tratando a los que vayan a su pueblo con la misma tolerancia con que usted ha sido tratado por mí.

Carilla ha resultado esta lección de tolerancia. Cuando Sol y Ortega baje al infierno, ya se lo dirá de misas Luzbel.

Hay cosas que perdona Dios, pero no el demonio...

## Creyentes de verdad

Unos campesinos rusos han librado al mundo de la presencia terrible del Antecristo.

Este Antecristo no era temible aún, pero lo hubiera sido con el tiempo: estaba casi en la lactancia; tenía dos años.

Un profeta de la aldea donde se criaba leyó en el porvenir, adivinó su destino y supo que aquel niño era el Antecristo y que había nacido para deshacer la obra de Cristo en el mundo; y una vez en posesión de esta verdad inconcusa, nada le fué tan fácil como convencer a los creyentes de la necesidad de exterminarlo en estado de canuto.

Y al efecto, reuniéronse veintiséis partidarios de Cristo, se apoderaron del nene que iba a destruir su obra y lo quemaron vivo y coleando, a estilo de inquisidores españoles.

Los Tribunales rusos han absuelto a los veintiséis hombres que han librado al planeta del Antecristo, y han hecho perfectísimamente.

Si se castigase a los que cometen crímenes por móviles religiosos, este mundo sería una balsa de aceite, y no un valle de lágrimas, como es ahora. El aburrimiento acabaría con la raza humana.

¡Sálvense las religiones y perezcan los hombres! Este es y debe ser el grito salvador.

## Todos unos

Los cristianos, latinos y griegos emplean el mismo lenguaje soez y se tiran los trastos a la cabeza, tan lindamente unos como otros, para demostrar que son verdaderos discípulos de Jesucristo.

En la última sesión celebrada por la Duma, en San Petersburgo, el obispo Eulogio calificó a los constitucionales demócratas de fariseos y sinvergüenzas, confundiéndolos con los asesinos del pueblo ruso.

La extrema derecha, los carlistas de allá, en medio de un horrible tumulto, aplaudió al prelado, golpeó furiosamente los pupitres y dirigió al presidente, que deseaba restablecer la paz, una sarta de injurias de las más groseras.

La sesión terminó como aquella que dió origen a la frase: «Se armó la de Dios es Cristo».

Donde quiera que hay gentes que tienen por oficio creer en Dios, ocurre siempre lo mismo.

Demos gracias a Dios por no vivir de eso.

## Memorias de un jesuita

Cuando reproduje algunos artículos de este libro demoledor, escrito por el exjesuita D. Ramón Sarmiento, bajo el seudónimo Gil Blas de Santillana, se leía poco El Motín.

Repasándolo ahora, he advertido que los artículos son de tanta oportunidad como cuando se escribieron, y voy a insertar uno en cada número, seguro de que me lo agradecerán mis lectores.

El que sigue es el primero de la serie.

## Un cochero hablador y un liberal indignado

Estaba yo haciendo mis dos años de noviciado en la casa de Poyanne, magnífica posesión que había pertenecido a Enrique IV y consistía en un chateau rodeado de espesos bosques y deliciosos jardines.

Mi padre, liberal entusiasta y anticlerical hasta el punto de no haber recibido jamás la visita de un solo cura, había hecho uno de los mayores sacrificios que pudieran pedírsele y había anunciado su visita al palacio convertido en convento.

Para ir a Poyanne había que dejar el tren en Dax é ir en coche unas dos ó tres horas. Mandabase para los amigos un cochecillo, que guiaba un hermano coadjutor, el cual preciábase de hombre de amena y culta conversación.

No me permitieron a mí los superiores salir hasta Dax, como hubiera sido mi deseo; pero a la hora en que calculé que habría de llegar el coche, estaba en la puerta de la posesión ansioso de dar un abrazo al que, además de padre, fué siempre un cariñoso amigo mío.

Con gran emoción vi cómo el vehículo se acercaba, llegaba a la puerta, y de él bajaba el que yo con tantas ansias había esperado.

¿Cuál no sería mi sorpresa al ver que mi padre, que era la bondad misma, friamente se dejaba abrazar y con semblante hosco me decía que venía muy cansado y deseaba ir pronto a su aposento! Ni una pregunta cariñosa, ni una frase de afecto ó de interés.

Le acompañé a su cuarto, donde con aire glacial recibió la visita y cumplimientos de los padres rector y ministro, y cuando nos quedamos solos le dije:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Vienes malo? ¿Te ha disgustado que no haya salido a la estación? ¿A qué viene esa seriedad?

—Me pasa —contestó prontamente— que siento en el alma haber venido y me voy en cuanto amanezca.

—¿Por qué?

—Porque esto no es convento, esto es una cueva de bandidos.

—Y ¿qué motivo?

—No tengo que darte explicaciones.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Es que no sabía lo que sé ahora.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Para qué quieres que lo diga? ¿Tú estás aquí a gusto? Con tu pan te lo comas. Yo me voy en el primer tren que pase hacia los Pirineos.

—Vamos, dime la verdad. ¿Te ha pasado algo desagradable desde Dax hasta aquí?

—Bueno, pues esto es lo que hay; luego tú haces lo que quieras.

—Vamos a ver.

—Figúrate tú que, como la tarde estaba tan hermosa, me senté en el pescante al lado del cochero para venir viendo el paisaje. El cochero me hizo desde el principio mil cumplimientos, y aun me resultó agradable, pues habló muy bien de ti. ¿Usted es el padre del hermano Gil Blas? Ah, qué hermano tan simpático y cómo va a dar gloria a Dios en la Compañía! Cambió de repente de conversación, y con la mayor naturalidad del mundo empezó a decirme: «Ahora la casa está sin animación. Hace dos años debía usted haber venido y hubiera visto. Aquí teníamos los depósitos de botinas y fusiles para los nuestros; muchas veces alojamos al rey y a la reina; durante dos meses seguidos estuvieron en casa sus altezas el príncipe y las infantas. ¿Qué animación, qué alegría, qué esperanzas! Llegaba El Cuartel Real, y para calmar la excitación y la curiosidad hacía el padre rector que lo leyera en el púlpito del refectorio.

«Cuando contaba victorias de los carlistas, pues, claro es, aquello era el disloque de vivas y de algazara. Cuando los nuestros llevaban la peor parte, por doquiera se oían exclamaciones de: ¡Vaya por Dios! ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

«Hicimos una novena al Corazón de Jesús, que fué lo que hubo que ver. Todos los días se leían en la capilla unas papeletas en las que cada uno decía los sacrificios que había ofrecido al Corazón de Jesús para que éste destruyera a todos los liberales. A veces los mismos padres se reían de las cosas que poníamos los coadjutores. Por supuesto que nos vencieron por las traiciones que hubo, ¡que si no...! Ya lo escribía el P. Olano desde Durango: Si no hay traición, dentro de un mes está D. Carlos en el Palacio de Madrid.

«Cuando en Lécar por poco matan los nuestros al intruso D. Alfonso, en Poyanne se supo de madrugada y no quedó en la cama ni un padre ni un hermano. Todos salimos a saber detalles y fuimos a la capilla a dar gracias a Dios.

Esta conversación —siguió diciendo mi padre— ha traído el hermanuco ese hasta aquí, a pesar de que no le he contestado una sola palabra; de modo que ya lo sabes: no has ingresado en una Orden religiosa, sino en un cuartel general de carlistas, es decir, de asesinos y traidores.

Calmé a mi padre como pude, diciéndole que seguramente en el relato del cochero habría mucha exageración y muchas inexactitudes, y empecé a pensar que, pues los jesuitas lo eran, no debía ser tan malo el ser carlista.

Mi padre estuvo en Poyanne dos días a regañadientes y jamás volvió a visitarme.

Recibió el Papa en audiencia al doctor Cerolo, delegado español «del Congreso internacional de infortunios del trabajo» que acaba de celebrarse.

No había oído hablar del Sr. Cerolo, ni sé qué Congreso es ese de los infortunios, ni presumo cuál pueda ser el intrínseco de la conferencia habida entre el doctor y el Papa.

Porque realmente son palabras que no casan las de Papa y trabajo.

La de trabajo é infortunio, éstas sí son sinónimas.

## Los curas liberales

En varios artículos, divinamente escritos, lamentase Ferrándiz de ese vacío aterrador en que viven los curas que escriben en sentido liberal y que se han atrevido a hacer añicos las trabas y las leyes eclesiásticas. Apenas si el afecto particularísimo de una persona ó dos libra a esos hombres de morir de hambre y les tiende una mano amiga para que no se ahoguen en un inmenso mar de desvíos y de desprecios. ¿Qué liberales avanzados hay en España, que no reciben con los brazos abiertos a los curas tráfugas, elemento valiosísimo de propaganda y de combate? ¿Por qué se les niega el agua y la sal?

El P. Ferrándiz contesta a esta pregunta en un sentido, y yo contesto en otro, sin pretensiones de infalibilidad.

El cura en España es esencialmente antipático.

Antipático a los católicos, a éstos más que a nadie, porque tienen que mantenerlo, enriquecerlo, aguantarlo, dejarle mangonear en todo. Necedad murió con la sangre frita por los curas.

Antipático a los liberales, por eso, por ser cura y simbolizar todas las tiranías, coacciones y privilegios irritantes.

Antipático al mundo, por que el cura auténtico suele estar muy mal educado, no sabe comer, lleva las uñas negras, se rasca donde le pica y suelta una gansada con la mayor facilidad del mundo.



Antipático a los hombres cultos é ingenuos, porque la conversación y el *spirit* de sacristía huelen a cera y a catafalco.

Antipático a los hombres del pueblo, porque el sacerdote no desciende jamás de la trípode de autoridad y superioridad.

Antipático, en fin, por esencia, presencia y potencia.

Ahora bien; pierde las notas que le hacen antipático al aseglarse, hacerse liberal y hasta calarse el gorro frigio?

Pudiera perderlas, si desde luego, lo más pronto posible, dejara todos, absolutamente todos los aducidos, caracteres, distintivos y ambientes que forman como la vida y la idiosincrasia del cura, y se acogiera a los fueros, prerrogativas, ventajas é inconvenientes del derecho común. En una palabra, si comenzara a vivir como viven todos los demás mortales.

Pero, amigo mío; más fácil es convencer a una ostra de que debe abrirse galantemente, que convencer a un cura, aunque sea más liberal que Riego, de que debe, física, moral y socialmente amoldarse a las circunstancias y dejar de ser cura, con ó sin aditamento de liberal, modernista ó demagogo. ¿Cómo han de quererle los liberales si continúa circundado como de una atmósfera de incienso y benjuí? ¡Imposible! El ideal no se realiza nunca. El odio al cura sigue ejerciendo su influencia de un modo instintivo, y el grajo con plumas de pavor real resulta agredido y picoteado por los grajos mientras lo desprecian los pavos.

Hay, además, aquí una cuestión grave, que influye lo mismo en los que la conocen y la explican, que en los que la ignoran completamente.

¿Qué es un cura, en resumidas cuentas? Un hombre mal educado en el seminario, y sobre el cual ha dicho unos latines y echado unas cuantas bendiciones el obispo diocesano. Esos latines y esas bendiciones ¿han cambiado la naturaleza del sujeto? ¿Le han colocado de golpe y porrazo en otra raza, en otro universal aristotélico, en otra familia que no sea la inmensa familia de los humanos?

Claro es que no. Luego el que deja el oficio de cura, como el que deja el oficio de carpintero, es ya tan cura como Carreras ó Moncayo, y resulta contradictorio decir el cura liberal, ó el librepensador ó el anticlerical. Esto último especialmente.

Se trata del caso raro de un cura bien educado como hombre? Al dejar el oficio, se quedó en hombre bien educado, al que no creo que nadie haga la más mínima guerra. ¿Se trata del caso frecuente de un cura sin educación social ni literaria? Al soltar las licencias se queda convertido en patán sin casulla ni manteos que lo disfracen y lo defendan. Y nada más.

Querer que las cosas sean de otra manera, es pretender que la lógica no influya en las corrientes y costumbres humanas: ó todo ó nada. Con la fe católica, el sacerdote lo es para toda la eternidad. Sin la fe católica, el sacerdote es un hombre que dice misa como pudiera trabajar en la cuerda floja. ¿D. ja de trabajar? Ya no es equilibrista. ¿Deja de decir misa? Ya no es cura.

No pretenda conservar nombres, señales, trajes que recuerden el antiguo *modus vivendi*, porque es lo mismo que si el exiguista de circo se empuñara en andar por las calles en mallas de color de rosa y con toquete de raso y lentejuelas.

Por lo tanto, y concluyo: si los liberales más ó menos avanzados sienten antipatías hacia los curas y les hacen guerra, están en su derecho y se la deben hacer siempre. Dejen los curas de serlo totalmente, radicalmente, valientemente y verán cómo cesa la guerra. No se llamen curas avanzados ni curas así ó asá, sino *anticuras*.

Lo demás es seguir teniendo orejas y olor de conejo, para vivir entre perdigueros ó podencos.

PEDRO CRESPO

## Sobre el problema religioso en España

Sr. D. José Ferrándiz.

Querido amigo: Hay tiempo para hablar y tiempo para callar, y á veces se dice y se hace más callando que hablando. Así creo haberlo logrado yo en mis años de obstinado silencio y de voluntario enterramiento que me imponían de consuno las circunstancias externas é internas, pues muerto como salí de la campaña, muerto de cuerpo y de alma, todo gesto y acción mía habían de haber resultado cadavéricos, macabros y contraproducentes. Por esto me enterré y me sepulté en el silencio que no han logrado quebrantar las más vivas provocaciones, como antes no lograron imponermelo las mayores violencias.

Al romperlo ahora, no porque crea llegada la buena sazón, sino porque la necesidad no permite consultar a la mejor conveniencia, encuéntrame en un estado difícil, pues hay cosas que siendo útiles decir á unos deben callarse á otros y viceversa; y por más circunspecto que me proponga ser, temo no saber guardar el término medio. Aun usted verá omitidas cosas que querría ver expresadas, y quizás hallará superfluas y para calladas, otras ideas que expresaré. Si usted tiene alguna confianza en mi discreción, ruegole que atribuya á razones particulares

que no son para el público las cartas de menos y de más que notase en estos escritos.

Usted con persistentes alusiones me provoca á tratar del problema religioso en España y de la solución á que por nuestra parte debamos contribuir. Usted y yo hemos seguido en la Iglesia y en el estudio de sus cosas, caminos muy distintos, por no decir contrarios; y bien que coincidamos en algunas conclusiones generales, hallámonos muy divergentes en la apreciación de muchas particularidades, que no pocas veces han ocasionado rozamientos y discrepancias de criterio y de conducta que sólo nuestra prudencia y la conveniencia de no manifestar al enemigo común nuestras desavenencias intestinas, ha podido retener dentro de la esfera de la intimidad, evitando que pasaran á la censura pública.

Si bien no hay obstáculo en discutir públicamente estas discrepancias y sus fundamentos, cuya discusión, por empeñada que fuese, entre gentes de probidad y de superior talento no habrían de estorbar el aprecio personal y el buen acuerdo en los demás puntos, no creo al público español con el entusiasmo necesario para dejar de tener por impertinentes estas cuestiones, ni quizás tenga tampoco la competencia necesaria para comprenderlas y juzgarlas, por lo cual debemos hacer omisión de ellas.

Dejándolas, pues, á un lado, podemos muy bien tratar de las restantes, debiendo de antemano ponernos de acuerdo acerca del criterio fundamental que debe moderar estas pláticas. Y en esto, lo primero de que ocurre tratar es de nuestra responsabilidad y de nuestro deber, y digo «nuestro», dando por englobados en un mismo gremio á todos cuantos las circunstancias han traído al estado común de *víctimas de la religión* en España, cualesquiera que sean el origen y vía por donde se ha producido el sacrificio.

Desde luego usted notará que en este vocablo «víctimas» están incluidos poco menos que todos los fieles católicos, con una diferencia principal notable que establece la primera división, á saber: que unos se dan cuenta de que son víctimas y sienten el dolor de su estado; otros lo son sin darse cuenta, y otros, finalmente, creen que este estado de víctimas es un estado superior y ventajoso. Usted, yo, y otros muchos, hemos pasado sucesivamente por estos tres estados. Hubo un tiempo en que creímos que la ignorancia era constitución un estado privilegiado ante la moral, ante la religión y aun ante la sociedad, la cual creencia nos había sido imbuida por mil sugestiones habilmente confluentes al mismo fin de producir tal convicción. Hubo otra fase en que la experiencia de la realidad y el mayor vigor reflexivo nos hizo dudar de esta excelencia, nos hizo sentir el vilipendio, y por fin produjo en nuestro espíritu el malestar, haciéndonos lamentar el engaño padecido en nuestra juventud, y contra el cual las circunstancias nos impedían reaccionar. Vino, por fin, la tercera fase de reacción, que en cada caso particular se produce á su modo, unos adaptándose con la contorsión de la conciencia á esta convicción de envilecimiento y á aquel estado de sumisión fatal, y otros, como en nosotros, impulsándonos á una rebeldía de diversos grados y matices, en cuyos extremos podemos poner ordenadamente á Gabarró, Tornos, Cabrera, Ardieta, Arriaga, nosotros, Verdager, Bover, Corbató, Mir, Melis, y otros menos definidos. Es este punto fundamental y principal para nuestra orientación.

He dicho que todos los fieles son víctimas y el Papa es la primera víctima, y la última víctima es el último palurdo. Usted me ha comprendido ya; pero el lector poco versado en estos estudios no podría comprenderme sin alguna explicación.

Todos los individuos que componen la Iglesia, son mutilados en su ser humano, en aquellas dos grandes facultades, que por ser instintivas son más sagradas y apreciables, de la paternidad y del amor. Cuando estos instintos no han llegado á sazón, no se comprende ni se siente el dolor de la amputación; como el ciego de nacimiento no siente la falta de vista, cuya utilidad ignora. Pero á medida que se van desarrollando tales instintos, va pronunciándose el dolor, que no respa Papas, ni frailes, obligando á unos y otros á cubrirse de ignominia y á profanar por igual el solio Pontificio sentando en él una hija sacrilega, ó el claustro religioso con las inmundicias de que nos hablan los escritores eclesiásticos y en particular nuestro contemporáneo Padre Valenciano.

En esa edad, cuando la naturaleza hace sentir la fuerza y valor implacable de lo positivo y real, y lo utópico é ilusorio de los sueños infantiles, el ser hombre recobra dentro del hábito pontificio ó monástico su imperio, y se levanta dentro del cuerpo á acusar con acusación pertinaz é irreductible, al ser religioso: el varón experto acusa al joven inexperto, la razón reflexiva y vigorosa acusa á la fantasía febril y exaltada, y el frío que invaden los miembros obliga al cuerpo á buscar el calor de la esposa, y la debilidad que encorva el espinazo pide con opresión avasalladora el hombro del hijo en el cual apoyarse. Entonces es el sentirse «víctima».

Si á esto añadimos la tiranía disciplinaria y la inconsistencia doctrinal, que asaltan la conciencia, y la tiranía de las circunstancias que tienen atado el individuo á una fangosa flaqueza de viejo la fe y entusiasmo

de joven, so pena de entregarse á la lucha por la vida dentro de un círculo social conjurado en negársela, entnces es el sentirse víctima perpetua é irredimible, la cual sensación aloca al sujeto ó le enlurece é insensibiliza el corazón convirtiéndose de víctima en verdugo, buscando en el morboso placer de la tortura ajena el alivio de sus propios tormentos, propagando el suplicio y las ideas que lo engendran, como para tomar venganza sobre los venideros, del daño que al infeliz le ocasionan los pasados.

Busque usted al individuo en cualquiera situación, y siempre hallará el «víctima» material ó moral, siendo el mayor víctima ese pobre ser convertido en verdugo, obligado á encubrir con formas de bondad y celo religioso el furor de su instinto vengativo.

Na la digamos de los que por tal causa se han sumido en la inmundicia como quien se precipita al abismo, buscando en el desenfrenado y secreto goce presente la compensación del infierno con que acaso su feles está amenazando; nada digamos del que, por la misma razón, lleva escrito en su conciencia el infanticidio, la violación de la devota, la corrupción de menores ó su propia corrupción. Todos estos, cuando la razón recobra el imperio en el espíritu vindicando la supra-santidad de la naturaleza y lo ultrajado de sus derechos, contemplan airados á la Iglesia y al Papa, y éste á sus predecesores y al conjunto eclesiástico, prorrumpiendo en tono de blasfemia: «¡Por Ti, soy criminal; por Ti, soy parricida; por Ti, soy infame seductor; por Ti, me siento envilecido y plagado de lepra inmundicia; por Ti, por tu arbitrio, por tu crueldad, por tu hipocresía, por tu ignorancia, por tu soberbia, por tu temeridad en hacerte superior á la naturaleza, por tus mentiras de predicar á la naturaleza vencible cuando te lo desmi nte tu propia historia y tu propia confusión, por Ti, soy lo que soy, miserable, condenado por mi propia fe, detestable y execrable ante mí mismo...!» Los cuadros varían al infinito, pero todos acaban en este *por Ti*, expresado en forma más ó menos clara, precisa y violenta, pero siempre igualmente dolorosa.

Hé aquí, amigo mío, un punto fundamental que debemos estudiar hondamente y sentir íntimamente. Estos son nuestros *enemigos*, que llevan dentro de ellos mismos un «amigo» y un *compañero*; y á quienes debemos mirar, en el acto mismo de ser verdugos nuestros, y de convertirse en energúmenos contra nosotros, no como verdugos criminales, impulsados por un instinto criminal desde su origen, sino como *víctimas*, como *compañeros* nuestros y hermanos nuestros caídos en poder del enemigo y retenidos en las mallas de su misteriosa iniquidad, forzados á arremeternos á nosotros para no ser ellos mayores víctimas, de igual modo que en la guerra el enemigo convierte en soldados los prisioneros y los obliga á luchar contra su propia madre.

Sin duda el instinto se ha hecho criminal, pero su origen es justo y su desarrollo es lógico y humanamente necesario; no son seres perversos, sino pervertidos: son verdugos y tiranos porque son víctimas y propagan el mal con aquel placer vengativo con que el apestado, si se viera abandonado de la sociedad y obligado á revolcarse en su lepra, desearía propagar el mal para que el contagio enseñase á los sanos el dolor de la enfermedad y la compasión forzosa que no quisieron tenerle voluntariamente. No por otra razón proceden el *terrorista*, el anarquista y muchos criminales de diversos órdenes.

En este punto hemos discrepado siempre usted y yo: usted ha visto en el enemigo sólo al *enemigo*, confirmado en su enemistad desde el principio hasta el fin; y yo, en cambio, he mirado en él al *amigo* y *compañero*, al cual la transformación natural de los sentimientos ha producido la inversión de la amistad. Dentro de cada enemigo he visto acuar el *amigo* ese, y si bien he luchado contra su enemistad y he rechazado su agresión violenta, como la de un loco ó fanático, en mis defensas y aun en los ataques en cuanto me fué posible, no perdí de vista á ese *amigo* latente, que sólo necesita ser despertado y atraído al exterior, hablando á su razón, para hacerle comprender lo redentor de nuestras campañas, y á su corazón, excitando los primitivos instintos generosos, justos y sagrados, y á su prudencia y generosidad, para hacerle ver que, si como individuos somos ya víctimas fatales é irredimibles, en cuanto somos seres sociales podemos convertirnos de víctimas en redentores, encauzando las actividades que nos comunica nuestro propio sacrificio hacia un fin social, noble, levantado, incomprendible para el vulgo, mal recompensado de la sociedad presente, y que sólo las almas superiores y los venideros sabrán estimar y agradecer en todo su valor.

Y cuando no bastase esta profunda razón científica para imponerme este criterio, me induciría á ello el cálculo político fundado en mi propia experiencia y en la ajena.

De hecho, amigo mío, muchos de estos que *ayer* fueron enemigos acérrimos nuestros, *hoy* son amigos; y muchos de los que son *enemigos hoy*, *mañana* serán amigos. La *gracia* del Tiempo y de la experiencia es esta. ¿Acaso no fui yo mismo enemigo mortal de usted, y de sus tendencias, y de otros, cuando, recién terminada mi carrera, creía hallar en ustedes la encarnación del Anto-

cristo y la personificación de Lucifer? ¿Acaso no me ocurrió á mí, que en el año 1897 lancé contra Longás (que había sido mi director espiritual siendo él hijo del P. Claret y yo mozo de doce años) un ataque el más virulento, creyendo de buena fe que obraba bien y que el ataque era justo y merecido? Y como la experiencia y el Tiempo me trajeron á mí á mejor acuerdo y á más sana reflexión y á hacerme desagraviar á aquel buen amigo, ¿por qué no he de esperar que á otros les ocurra lo propio, y por qué no he de creer que mi enemigo capital, el P. Juan Ors, antaño director de D.ª Amalia Nocedal y *complotador* contra nosotros, no pueda ser hoy ó mañana un valeroso caudillo de nuestras filas? ¿Por qué no he de esperar que aquel P. Corbató, que pasó cuatro años buscando diatribas contra mí, después de algunos años de amarga experiencia no haya de ser uno de nuestros aliados? ¿Por qué no esperar que de la noche á la mañana el mismo general de los jesuitas, ó el propio Papa, tocados de uno de esos rayos que hacen botar el alma más alatargada, no soliciten nuestro concurso y busquen nuestra amistad?

Por eso, pues, que nuestros enemigos son al propio tiempo nuestros amigos potenciales, ni en cuanto amigos puedo dejar de quererles sinceramente, ni en cuanto enemigos puedo dejar de defenderme de ellos.

Y con este dejo explicado el punto ese que tanto le intriga á usted del «trato con el enemigo», como si usted olvidare que, si este trato nos atraja algún contratiempo, á él, y sólo á él se deben las ventajas aquellas y aquel poder que usted reconoce en nuestro movimiento. Es natural que todas las cosas tengan su pro y su contra; pero usted no daría pruebas de la discreción que habitualmente demuestra, si tomando sistemáticamente el contra, se negare á ver el pro de aquellos tiempos.

Basta, por hoy. Yo espero que estas reflexiones, que usted no necesitaría si no anduviese atareado por la vertiginosa lucha diaria, bastarán para dejar disipado aquel reparo estereotipado en sus escritos.

S. PEY ORDEIX

## Remitido

Sr. D. José Nakens.

Con verdadera sorpresa hemos leído en el último número de EL MOTIN, que Fray Gerundio hace apreciaciones respecto á la cuestión clerical en Barcelona, apreciaciones que conceptuamos depresivas para nuestras ideas liberales.

Afirma Fray Gerundio que, gracias á la pasividad de los republicanos, los carlistas se han constituido en partido potente organizando *aplechs*, mitins, peregrinaciones, etcétera.

Nosotros protestamos de estas afirmaciones y sostenemos, que si no fuera por el único partido republicano que existe en Barcelona, el radical, la reacción con sus asquerosos tentáculos ahogaría todo lo que en liberal piensa.

Al propio tiempo conviene hagamos constar, que la ficticia fuerza que los carlistas poseen, se las han dado periódicos republicanos de la clase de *El Dibujo* y anticlericales de la talla de Fray Gerundio.

Somos asiduos lectores de EL MOTIN, y conociendo su rectitud de criterio, le rogamos dé cabida en las columnas de su periódico á esta carta.

ANTONIO A. TRULLS.—FEDERICO LACROIZET.—ENRIQUE FERRERES.—VICENTE SIGNED.—L. FERNAN.—TOMÁS VIOE.—ALEJANDRO TORRENTS.  
Barcelona 12 Junio 1909.

Los colaboradores de EL MOTIN tienen libertad absoluta para escribir lo que quieran. Y los lectores de EL MOTIN derecho á ser atendidos.

Por esto no entro ni salgo en estos asuntos y complazco á todos.

## LA UNIÓN FERROVIARIA

Se ha publicado el primer número de un periódico mensual titulado así, «que viene á trabajar por la organización de cuantos en las secciones y dependencias de los ferrocarriles españoles ganan el mermado pan.

Hé aquí lo que juzgan por ahora necesario alcanzar:

«Mínimum de sueldo 1.500 pesetas para el personal de oficinas y movimiento, y mejoras en relación á los años de servicio.

Salario mínimo de 3.50 pesetas para todos los obreros, y mejoras con relación á los años de servicio. Aumento de un 50 por 100 en las horas extraordinarias.

Jornada máxima de ocho horas y de seis segundas para los de oficinas.

Supresión de multas.

Escalafón cerrado para evitar las injusticias y el favoritismo.

Ascensos cada dos años para todo el personal y mejorar las condiciones en que presta sus servicios.

Mejoras en los Montepíos y Economatos.

Como lo que piden los obreros y empleados es justo, seguramente lo alcanzarán, si consigue La Unión Ferroviaria asociarlos.



## SECCIÓN AMENA

## La venganza de "Franciscón"

Le llamaban Franciscón, no sólo para diferenciarle de los infinitos Franciscos del villorrio, sino también porque era una especie de gigante, conocido en cuatro leguas á la redonda por sus hercúleas fuerzas y su alta estatura.

Pero lo que sobre todo le distinguía era su extraordinaria habilidad para chasquear el látigo. Cuando volvía del campo, á unos doscientos metros del villorrio comenzaba la no interrumpida serie de chasquidos, y esta maestría le conquistó admiradores, y también imitadores y envidiosos. En honor de la verdad, los segundos convenían en que nadie podía igualarle. Los clics clacs de su látigo eran secos, variados; un forastero habría jurado que los producían cuatro ó seis carreteros.

La mujer de Franciscón—cuando oía aquel concierto, que concierto era,—abría las dos hojas de la puerta-carretera, y la yunta entraba por ella, seguida de un clic clac estupendo, magistral, atronador.

Aquel estruendo, que se repetía cuatro veces al día—cuando nuestro hombre salía á la labranza ó volvía de ella,—distría á los vecinos tanto como molestaba al cura, que vivía pared por medio de Franciscón, cerca de la vetusta iglesia, en enorme y triste plaza.

Pero los dos vecinos tenían motivos de querrela que no eran precisamente los chasquidos de la tralla. El cura acusaba á Franciscón de dejar que sus hijos saltaran las tapias y saquearan y destruyeran el jardín y huerto rectoral. Muchas veces había amenazado á nuestro héroe con llevarle al juez municipal por ramas rotas, tablars de fresa pelados, paredes destruidas del continuo trepar. Franciscón defendía á sus hijos, no sin darles tal cual cachete cuando no le veía el cura.

En el fondo estaba satisfecho de las hazañas de sus retoños, porque también él tenía motivos de queja contra el cura; como que varias veces le sorprendió charlando con su mujer desde el pie de las tapias de su jardín.

Cierta día el cura atrapó á los chicos en el momento en que se llevaban un nido de ruiseñores que él cuidaba con mimo, y se querelló, y el juez embrolló el asunto en vez de arreglarle; y otro día cayó un trozo de tapia, y hubo nueva querrela, y Franciscón salió condenado.

El hombre del látigo iba pocas veces á la iglesia; desde estos sucesos no volvió á poner los pies en ella.

Conviene advertir que muchos vecinos que no podían ver al cura á causa de su mal genio, le excitaban á tomar una venganza cumplida, y es asimismo de justicia consignar que Franciscón callaba y meditaba.

Llegó la Pascua de Resurrección, y el pueblo en pleno asistió á misa; y en el pre-

ciso momento en que el cura subía al púlpito, Franciscón dió suelta á la yunta de mulas y á un caballo malo de veras, para conducirlos al abrevadero, situado á dos pasos de la iglesia.

Estimulados los animales por callados y vigorosos latigazos, comenzaron á galopar desesperadamente por el empedrado atrio de la iglesia. Aquello era lo que quería Franciscón.

Cerró socarronamente la puerta para que no pudieran entrar, y comenzó á perseguir á los animales con los más formidables chasquidos de su estruendosa tralla: clic, clac, clic, clac. Excitadas, y al propio tiempo alegres de su libertad, las bestias saltaban, coceaban, pateaban y relinchaban en medio de una ensordecedora tempestad de juramentos, blasfemias y chasquidos desenfrenados.

En la iglesia, silenciosas y atentas al sermón, las gentes se miraron. Se iniciaron risas de niños, y después hubo cuchicheos y murmullos.

El predicador, cortado, rojo de cólera, bien contra su voluntad, escuchaba las elocuentes é inauditas variaciones del látigo: clic, clac, clic, clac, clic, clac, clac, clac.

Y en medio del estupor general, y después de risas mal reprimidas, se oyó la voz sonora y hombruna de Franciscón, persiguiendo á las tres bestias en su ronda infernal por el atrio y la plaza de la iglesia. «¡Espera, que te voy á arreglar, mula del demonio! ¡Cuando te pille...!» Clic, clac.

—Amados hermanos míos—intentaba decir el cura:—hay que perdonar á los malos, porque no saben lo que se hacen...

Clic, clac, interrumpía la tralla.

—Dios Nuestro Señor dijo...

—¡Esto se va á concluir muy pronto!—gritaba Franciscón.—¡Ven aquí, cochino animal! ¡Te voy á deslomar á palos! ¡Toma! Clic, clac. ¡Maldita sea tu estampa! ¡Maldita sea tu madre! ¡Cómo te pille, te rompo una estaca en los lomos! Clic, clac. ¡Mal rayo te parta! ¡Animal indecente! Clic, clac.

Rojo de cólera y de vergüenza, el cura no pudo concluir su sermón. Bajó del púlpito y habló al oído del sacristán, que se encaminó á la puerta de la iglesia.

Todas las miradas le siguieron; y cuando aquélla se abrió, el escándalo fué espantoso. Juramentos, relinchos, patada, chasquidos, llenaron el templo, mientras el cura, subiendo al altar mayor, trataba de reunir á los monaguillos distraídos y curiosos.

Bastantes hombres se dirigieron á la puerta, unos para ver el espectáculo, otros para ayudar á encerrar á los animales, y otros para hacer cesar aquel estruendo.

Se oía: «Esto es una indecencia.» «¿Qué quiere usted? Llevaban tres días sin salir.» «Lo ha hecho usted apostá.» «No; es que esa mula es una hija de mala madre, y ni el diablo puede con ella.»

Pronto hubo cincuenta personas en la calle y en el atrio; los oficios se interrumpieron, y el que más y el que menos refa so capa.

El que primero intervino fué el sacristán, recordando á Franciscón el respeto debido al culto.

Pero el otro, en vez de hacerle caso, le gritó: «¡Buena la hemos hecho; no ve usted que con ese traje de m'scara se van á espantar más los animales!»

En efecto, la loca carrera aumentó en estruendo en vez de cesar, y sonaron los más secos y ruidosos clics, clacs de aquel látigo infatigable.

Algunos hombres se extendieron por las calles y la plaza con los brazos abiertos delante de las bestias. Franciscón blandió con orgullo y estruendo la tralla, y los tres animales se precipitaron asustados por el portón, ya abierto.

Por haber turbado los oficios divinos, Franciscón fué perseguido ante los tribunales; pero en las primeras elecciones Franciscón fué al ayuntamiento juntamente con todos los candidatos anticlericales.

STP. BECQUERELLE

## IMPACIENCIA

El páter, que se aburría dentro del confesonario, c r ó de un golpe el breviario que indiferente leía.

«¡Las doce! dijo; ya es hora de que me vaya á almorzar si no me viene á estorbar cualquier bruja pecadora.»

Ya me esperan mi sirviente, siempre amable y cariñosa, tan buena, tan bondadosa, tan guapa, tan complaciente, y aquel rubio sobrinito por quien yo me afano tanto, que es de nuestro hogar encanto, de la casa el Benjamín.

Ya me dan en las narices los incitantes olores que desprenden los vapores de pichones y perdices.

Nada... me marchó; al avío; dejo mi tarea santa, porque tengo una carpanta de padre y muy señor mío.

Mas... ¡Adiós mis alegrías! ¡Madre de Cristo! ¿Qué veo? Ya se me acerca ese neo que viene todos los días.

—Padre, me vengo á acusar de diferentes pecados... —Tú eres de los abonados en venir á confesar.

¡Por vida de las mantecas del cívico de San Hilario! ¿Te confiesas á diario, y todos los días pecas? ¡Ay, hijo mío! Presiento que eres como las beatas que vienen á darme latas por puro entretenimiento.

Si seguís así, barrunto que tú y las tales señoras me vais á alquilar por horas como á un cochero de punto.

Por ahora no puede ser; á oír pecados renuncio; vé y cuéntaselos al Nuncio, que yo me marchó á comer.

## Confesión completa

Un gitano fué á confesarse.

—Padre, me acuso de haber robado una cuerda.

—No es gran pecado.

—Pero es el caso que detrás de la cuerda se vino enganchada una jaca que vendí en Sevilla por dos mil reales.

—Pues tienes que devolvérsela á su dueño.

—Padre, el dueño ya se murió.

—Pues á su familia.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque era hospiciano.

—Sigue.

—Me acuso de haber tenido ciertas cosas con una cigarrera del barrio de Triana.

—¿Dónde vive?

—Ya se ha mudado de casa, padre.

El cura se muerde los labios, saca una tabaquera de oro, toma un polvo y la deja á un lado. El gitano la ve y la coge sin ser visto.

—Me acuso de haber robado una tabaquera de oro.

—Hay que devolverla.

—¿La quiere usted, padre?...

—¿Yo? ¿Qué disparate!

—Es que ya se lo dije á su dueño y no la quiso.

—Entonces puedes quedarte con ella.

El gitano salió de la iglesia loco de contento; no había perdido el tiempo.

Asombrado un predicador de que todo su auditorio consistiese en siete mujeres, exclamó:

—No porque seáis pocas dejaré de predicar. Jesucristo predicó á tres churrianas; vosotras al fin sois siete. Empiezo, pues. En el nombre del Padre, del Hijo, etc.

—¿Dónde fué José al salir huyendo de casa de Puilfar?

—Puesto que se dejó allí la capa, irá probablemente á algún almacén de ropas hechas para proveerse de otra.

Decía un cura de misa y olla predicando un sermón de Pasión:

—Me carga que toquen las campanas en sábado santo, porque no tocan á gloria, sino á pecar.

(FOLLETÓN 23.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

mente con rapidez en los últimos meses, y era ya el suyo un espíritu senil del que sólo se podía esperar alguna que otra llamarada fugaz de su antigua sagacidad y grande ingenio.

En realidad D. Práxedes no sucedió inmediatamente en el poder á D. Antonio, pues durante un par de meses siguieron los conservadores en el mando, haciendo de jefe del gobierno el ministro de la Guerra, general Azcárraga, ó sea, como decía el periodista á quien ya hemos aludido alguna vez, «D. Marcelo, el bueno de D. Marcelo, incapaz de cometer una maldad, capaz de dejar que se consumen todas».

Subió, en fin, al poder el Sr. Sagasta, y como ya se había dado el caso de que, jugando en su casa á la lotería de cartones, se le habían saltado las lágrimas porque perdía, para pintarle ó ponerle de color de rosa todo lo que le pareciera negro, acon pñóle de ministro de Ultramar el Sr. Moret, el cual, ya antes de jurar el cargo, dió un buen ejemplo de patriotismo y de modestia, pues cuando en España se creía generalmente que él era el único Segismundo que había en el país, el Sr. Moret, que sabía que cuando menos había otro, un general de la Armada llamado de apellido Bermejo, se apresuró á significarlo para ministro de

Marina, rasgo que sin duda alguna le honra, pero con el que ni el país ni el gobierno vinieron á ganar nada, ya que, habiendo bastante con un Segismundo para hacerse engañosas ilusiones que tenían que salir muy caras, duplicar entre los miembros del gabinete el fatídico nombre calderoniano no había de conducir á nada bueno.

Fuere como fuere, el caso es que los señores del reino tomaron la determinación de transigir con los cubanos; y que ahora esta determinación era sincera conocíase en que llegaba tarde. Dada, pues, la nueva orientación del nuevo gobierno, nada más propio que apresurarse á aliviar el rigor que imperaba en Cuba. Así lo comprendió el Sr. Moret. Decidido, por tanto, á relevar al general Weyler, resuelto á sustituir á aquel gran chambelán tan duro por otro más blando, echó mano de uno ya reblandecido, el mismo que cabalmente por tal, acababa de haber estado á punto de perder las Filipinas, esto es, el general Blanco, hombre que durante su carrera se había señalado por lo inteligente, sensato, valiente, caballeroso y hasta guapo, pero que desde hacía algún tiempo, si no lloraba como D. Práxedes cuando no hacía quina, solía ponerse á limpiar con un pañuelo la silla en que invitaba á las visitas á sentarse.

Además de esto, tanto para atender á las dolencias del nuevo gobernador general de Cuba, como para ayudar á éste á remediar las de la Colonia, se le quiso dar de secretario del gobierno general, un médico; y puesto que ahora el sistema curativo que se había de aplicar allí era radicalmente diferente del seguido hasta entonces, puesto que ahora se iba

más bien á dejar que la naturaleza obra-se, nada más indicado que la homeopatía. Resolvió en virtud de esto el Sr. Moret que la secretaria mencionada corriese á cargo de un médico homeópata, y fué designado para el puesto el «doctor Congosto, médico homeópata de la facultad de Filadelfia» (así rezaban las tarjetas de aquel funcionario), lo cual se podía decir que fué «miel sobre hojuelas», pues, si á los americanos siempre había de agradecerles que se implantase en Cuba un régimen suave, un régimen, por decirlo así, homeopático, más había de agradecerles, naturalmente, que éste régimen fuese de una facultad americana, y de una facultad americana tan ilustre como la de Filadelfia.

Dió, pues, D. Segismundo Moret por diplomáticamente conquistado al gobierno de los Estados Unidos, y... sin duda por esto se olvidó de que, para que los americanos creyesen ó viesesen que el cambio de política iba de veras, era tan importante ó más que el relevo del gobernador general de la isla, el de embajador ó representante de España en Washington.

El Sr. Dupuy de Lome, en efecto, se había significado representando durante dos años en la gran República americana, más todavía que á la nación española, el régimen de represión á todo trapo, el sistema de guerra á muerte, seguido en Cuba. ¿Cómo se había de poner de pronto á representar el sistema opuesto? Y sobre todo ¿cómo habían de creer los americanos que iba á hacerlo sinceramente?

Además, el Sr. Dupuy, probo, celoso y activo funcionario, es cierto, tenía vir-

tualmente encomendada la representación de España á Pinkerton, el famoso jefe de la famosa agencia de «detectives», pues de ésta se valía no sólo para tener noticia de las expediciones filibusteras que se preparaban en aquel país, sino para adquirir los datos y pruebas que aducía en los mismos tribunales americanos ante los que perseguía ya á los expedicionarios, ya á los armadores, etcétera, etc.: todo lo cual lo había hecho odioso en la gran República. Y la verdad es que á un embajador le está bien y le es propia la alta inspección y aun la dirección de esos servicios, mas no el intervenir y actuar en ellos de la manera exclusiva y personal por él usada. Y con todo, y como más adelante hemos de ver, mayor daño todavía le hizo é hizo á su país otra manía de que estaba poseído aquel diplomático guasón: la de valerle, para sus bromas, de una máquina de escribir que tenía constantemente en movimiento al objeto de dirigir á diestro y siniestro, la mayor parte de las veces á siniestro, cartas á todo bicho viviente. Era un dactilógrafo entusiasta, mas por desdicha, de un entusiasmo temerario.

Fué efectivamente, como íbamos diciendo, sustituido el general Weyler por el general Blanco; á éste se le encargó de implantar en Cuba un régimen autonómico ideado y organizado á la carrera; y D. Segismundo Moret respiró satisfecho, perfectamente convencido de que había conjurado la rebelión, de que había salvado al país. Por su parte el gobernador y capitán general de Cuba se entregó en cuerpo y alma al régimen susodicho, y cuando salía de la Habana, salía, sí, en busca de rebeldes, mas no



# RIOTINTO

## FINAL DE UN VIAJE

**Rochette el estafador. — ¿Quién trabaja más? — Los portugueses. — Las cabezas pierden. — Un río simbólico: el Tinto.**

En Nerva he oído hablar de la Compañía de Riotinto; de Rostchild, que explota algunas minas; de los alemanes, que son dueños de otras. Pero nada he oído de Rochette y las suyas. Hace dos meses, Rochette fué hombre de gran actualidad, y Nerva se leía en todos los periódicos del mundo... ¿Por qué no se habla de Rochette en Nerva?

Esta pregunta me la hago mientras tomo café. Luego iré a la estación para tomar el tren y haré lejos a escribir estas impresiones.

— ¿Por qué no se habla en Nerva de Rochette? — pregunto a los dos amigos que me acompañan.

— Rochette... ¿Por qué se ha de hablar?...

— Tiene minas...

— ¿Qué?...

— No tiene minas Rochette...

— ¡Bah! o-o n vale nada...

— Tanto como se han decantado!

— Artes de Rochette para engañar al prójimo. Riotinto, Rostchild, los alemanes tomaron posesión de lo bueno. Al otro sólo quedó la escoria. Bajas están las acciones, y aún valen menos. Aquí difícilmente habría quien las tomase de balde.

— Pero, ¿tan poco valen?

— La Chaparrilla es estimable, y con lo que ella rinde se pagan los gastos de las otras: San Plácido, Fe o Caridad... Esas y todas las demás no valen nada.

— Pues creo que se han repartido dividendos.

— Si con los ingresos de las últimas emisiones, el desastre no tardará en llegar.

Y ya camino de la estación, me dice un acompañante:

— Rochette ha imitado a los gitanos, que, para seducir al comprador, enjaezan vistosamente a sus pollinos. Luego se les quita la albarda y sólo queda un puñado de huesos cubiertos de lacerias. ¡Si visitase usted una de sus minas, la encargada de cazar incautos!... ¿Qué malacate han montado!... ¿Quién no suelta el dinero viendo aquello?... Sólo que el malacate vale más que la mina...

El tren se pone en marcha.

Cuando me retiro de la ventanilla, un grupo de mineros está discutiendo:

— Los castellanos...

— Los andaluces...

Oigo decir, sin saber de lo que tratan.

— Los castellanos...

— Los andaluces...

Ripiten con insistencia.

Un vejete de diez:

— No os canséis, muchachos. En tratándose de trabajar, los portugueses nos ganan a todos.

— ¡Es verdad! — dicen unos.

— ¡Qué brutos! — dicen otros.

Al oír este dulce requiebro, pregunto:

— ¿Por qué son brutos?

Y un mozo fornido me contesta:

— Eso no es trabajar, sino malarse. Entre los portugueses ocurre el mayor número de accidentes, con mucho gusto de la Compañía, pues aunque en Riotinto tengan coñac y sus familias se sienten no reclamar y los ingleses se ahorran las indemnizaciones... Si, señores, los portugueses acuden en grupos de amigos, y en grupos trabajan. La Compañía los conoce, y no les faja jornal. — ¡Tanto dinero por tantos metros cúbicos! — les dice. — Y aquellos gigantes trabajan día y noche, con las manos, con los pies, con la cabeza, sin conocer el cansancio, sin darse cuenta del peligro, desahogado derribar moles y cobrar pronto su dinero. Como trabajan con rabia y son inexpertos en el oficio, frecuentemente quedan sepultados por grupos. A veces se azarzan a brazo partido con los bloques que amenazan rolar, se llaman, se alientan: «¡Firmes por este lado! ¡aprieta tú por allí!... ¡Que se hunda, que se hunda!». En su afán de contener el bloque cierran los dientes, arriman la cabeza y, como es natural, suele ser la cabeza quien sale perdiendo.

El tren se para en Riotinto.

La tarde va cayendo.

Nerva, Riotinto, Naya, la vasta región minera que el Estado español vendió por la insignificante suma de 93 millones mal contados, se va quedando detrás. El tren hace largas paradas en las estaciones para dejar paño a los que vienen de Huelva de transportar mineral. Parejas de «guardiñas» y hombres mutilados es lo que el viajero ve en estas silenciosas estaciones. Lo que se ve cuando el tren corre bramando son campos desolados, peñas cortadas, el río... Este río, quieto, denso, luctuoso, es el Tinto. Si el viajero no supiese que su color lo debe al cobre, podría creer que su sombra masa era de sangre, la sangre derramada por tantos millares de hombres, que se ha ido depositando en un ancho cauce.

M. GIGES APARICIO

Un labrador a quien un fraile que administraba los bienes de una abadía arrebató un trozo de terreno, fué a quejarse al pro-

curador del convento, para que le devolviera lo suyo.

— No tengo autoridad para eso — dijo el procurador — es necesario que se dirija usted al prior.

Fué a ver al prior, el cual le contestó:

— No puedo meterme en eso. Vea usted al provincial.

Acudió al provincial, quien le respondió:

— Eso no es de mis atribuciones; lay que tratarlo en capítulo.

— Pero, padre — exclamó el labrador — ¿en qué consiste que no se ha necesitado más que un fraile para quitarme el terreno, y se necesita toda la comunidad para devolvermelo?

## ANOMALÍAS JURÍDICAS

### Las dietas de los jurados

Sobre ser inhumano, es altamente vergonzoso lo que ocurre en Madrid, ya casi como un costumbre, con el pago de las dietas a los vecinos de los pueblos próximos que vienen a la capital para desempeñar la augusta misión de administrar justicia, actuando como jurados en las vistas de los procesos.

A esos ciudadanos que realizan un viaje con el exclusivo objeto de ejercer de jueces populares, abandonando para ello la ocupación que a la mayoría les proporciona el misero jornal con que atienden a sus más perentorias necesidades, hay obligación de abonarles una indemnización con la que puedan durante su permanencia aquí, proporcionarse el sustento.

Eso dispone la ley de modo terminante, siguiendo un criterio racional y lógico; pero, por desdicha, ese precepto, que no es sólo obligatorio por estar instituido en el Derecho positivo, sino porque está como ningún otro fundado en los más elementales principios de Derecho natural; que constituye, ante todo y sobre todo, un deber humanitario, no se cumple casi nunca, por lo menos con la puntualidad que es precisa.

Los infelices vecinos de los pueblos comarcanos son llamados a Madrid con mandato imperativo y con el apremio de ser multados si no comparecen en la Audiencia el día fijado. El viaje produce generalmente en las familias un verdadero trastorno; pero, no obstante, los llamados a ser jueces de hecho no faltan casi nunca al requerimiento que se les dirige para que acudan a desempeñar sus solemnes y graves funciones.

Vienen casi siempre sin ningún dinero, ó, todo lo más, el que disfruta de una situación menos precaria, con una corta cantidad, fiados en que les serán abonadas sus dietas puntualmente y que con ellas podrán pagar la posada.

Pero las dietas no se abonan casi nunca, a pretexto de que no hay consignación. Esta, yo no sé en qué diablo consiste, que siempre se ha concluido, y, por tanto, los desdichados campesinos tienen que esperar, pacientes, días y días, y entretanto se ven obligados a vivir a crédito ó, de no ser así, a mantenerse del aire.

Lo ocurrido recientemente con los jurados que entendieron en el proceso instruido por el crimen de Cabanillas de la Sierra, llama al cielo.

Durante aque la sesión memorable que duró desde la una de la tarde del 29 de Mayo hasta las ocho de la mañana del 30, es de ir, diez y nueve horas, los sufridos vecinos de varios pueblos del partido judicial de Torrelaguna, que constituían el Jurado, como no tenían un solo céntimo, por no haberseles pagado las dietas, que era en lo que confiaban para hacer frente a sus necesidades, hubieron ten de forzosamente que ayunar, si el Sr. Maroto, piadoso presidente de la Sala, compadecido de aquellos desgraciados, no les hubiera hecho servir, pagándoles de su bolsillo particular, sendos cafés con medias tostadas.

¡Qué veredicto, sereno y bien meditado, puede dictarse en tales condiciones! Para realizar obra de tanta importancia como la de juzgar, y condenar ó absolver, lo primero que se necesita es estar tranquilo y bien alimentado. Pretender que decida con claridad de juicio respecto a la culpabilidad ó inculpabilidad de seres para quienes se pide la pena de muerte aquél que tiene el estómago ayuno, es cosa absurda y hasta inhumana.

De esta manera puede exigirse rectitud de conciencia a los jueces populares? ¿Qué de extraño tendría que hombres desesperados, al verse en ocasiones en Madrid sin albergue y sin pan, llegando algunos hasta tener que implorar la caridad pública, se dejasen arrastrar por ofrecimientos tentadores para salir de aquella angustiosa situación? A quienes tal hicieran, ¿habría derecho para llamarles venales? Lo inconcebible es que en tales circunstancias el Jurado en España, lejos de dejarse seducir, dé constantemente pruebas de una honradez heroica.

El Gobierno que de tal suerte atiende y considera a los miembros de una institución tan sagrada, es acreedor al menosprecio general. Si tal es la penuria del Estado español que ni aun cumplir puede esos deberes ineludibles, declárese en quiebra, suspenda el funcionamiento del Jurado, confesando la causa de ello, y evitese así que un país

hidalgo y esencialmente democrático como España, tenga que soportar la vergüenza de ver a los ciudadanos que administran justicia a nombre del pueblo, desfilando de necesidad y a veces hasta solicitando una limosna.

Desaparezcan los gobernantes que ni siquiera esas urgentes y primeras atenciones saben ó quieren satisfacer, que otros habrá seguramente que, por lo menos, se preocuparán de poner remedio a espectáculo tan bochornoso.

SANTIAGO ARIMÓN

## El mendigo

Atravesaba una calle. Un mendigo viejo y decrepito me detuvo.

Los ojos hinchados y lacrimosos, los labios azules, feos harapos, heridas sucias... ¡Oh, la pobreza había dejado horriblemente carcomido a aquel ser desventurado!

Me extendía su mano enrojecida, hinchada, asquerosa; gemía al implorar socorro...

Busqué en mis faltriqueras; ni bolsa, ni reloj, ni aun pañuelo... Nada había traído.

El mendigo aguardaba, y su mano extendida se movía débil y convulsivamente.

Confundido, sin saber qué hacer, di un fuerte apretón a aquella mano temblorosa y puerca.

— No me guardes rencor; nada llevo conmigo, hermano mío.

El mendigo clavó en mí sus ojos cansados, y a su vez oprimió mis helados dedos.

— Pues bien, hermano — me dijo con voz ronca — gracias por esto; también es una limosna.

Y entonces comprendí que yo a mi vez acababa de recibir algo de mi hermano.

IVAN TURGENEV

## La peregrinación de la Coruña a Santiago

### ¡POBRECITAS!

Verdaderamente que inspira lástima el ver cómo esas abnegadas gentes movidas de santa y piadosa fe se reúnen, sin duda para tener mayor fuerza, y en magna peregrinación acuden a ofrecerse al Apóstol Santiago.

Unos en traatlántico, y los otros en automóvil, emprenden su marcha; porque ya estamos bastante lejos de aquellos tiempos en que los peregrinos padecían hambre, sed y frío; y todo por la fe.

Hoy no es así. Si a tales privaciones y sufrimientos corporales queremos llamar religión cristiana, podemos decir que los más desheredados de la fortuna son los más allegados a Dios. Esto para que siempre triunfe el Evangelio.

Algunos impíos, seres alejados del altar y a quienes los terrores creyentes llaman empedernidos herejes, descargan su ira en contra de esas inocentes señoras y señoritas que, víctimas de la ignorancia y superstición, se siguen las unas a las otras sin saber si el acto que van a practicar será bueno ó malo, propicio ó adverso. Porque la religión que les han enseñado, completamente opuesta a la de Cristo, no les permite pensar, ni mucho menos discurrir sobre ella.

Tiempo hubo en que, en mi pobre criterio, las juzgaba igualmente culpables de su error. Hoy, y después de estudiar el mundo, en lo posible, me muestro más benévola. Véolas partir, leo la reseña de la excursión y sonriendo tristemente exclamó: ¡Pobres, pobrecitas!

A eso somos nosotras responsables de la educación que nuestros padres nos dan y de las rancias creencias que nos inculcan? No es triste y doloroso ver cómo muchos padres confían la educación de sus hijos, esperanza de un fructuoso porvenir, en manos de la hipocresía monjil, ó en las de un hombre de esos que el mundo llama padre espiritual?

El niño, aunque siempre es peligroso que reciba esta falsa y repugnante educación, estudia, lee y observa en la sociedad con los demás hombres. Si su inteligencia es clara y fecunda, pronto halla el cam no de la verdad y la justicia, y dejando a un lado las torpes doctrinas que le hicieron aprender, se lanza a la lucha.

Pero la mujer, criatura débil y medrosa por naturaleza, seguirá inconscientemente progresando en la obscuridad de su engaño.

Para la mujer, fundadora de la sociedad, todo medio de instrucción se hace ridículo. Para ella es vergonzoso asistir a un mitin ó conferencia de carácter político ó religioso.

Mas ¿por qué quejarnos? ¿No nos instruyen en nuestras escuelas con el catecismo, el rosario y mil oraciones de igual utilidad, que cultivando nuestro espíritu nos dan una hermosa guía para el obscuro sendero de la existencia? ¿No sería lamentable que por la osadía de estudiar y meditar se viera una señorita, como un monstruo ó cosa rara, alejada de la corrompida sociedad, del mundo de la farsa? ¿No es harto sobrado que el confesor piense por nosotras?

¡Desgraciadas! ¡me causais pena y os defendo! No seriais de tal forma si tuviéreis un padre, un hermano, un pariente ó tutor que, en vuestra tierna edad, dirigiesen vues-

tros pasos rectamente, iluminasen vuestros cerebros con la luz de la ciencia y os alejasen del envenenado ambiente del confesionario.

¡Infortunadas mil veces! ¡sois dignas de la más honda compasión! Vuestros esposos, viendo claro, los más, os dejan en las tinieblas; los unos por falta de energía, y los otros por indiferencia, por ausencia de ideales.

¡Quién pudiera convenceros, amables peregrinas! ¡Dichoso quien pudiera despartar vuestra razón ó inteligencia! En vosotras, en vuestros hijos está la salvación de esta pobre España, agotada y degenerada por el fanatismo reinante.

El día que la mujer tenga por templo su casa, por novena y rosario el aula, y sus correspondientes libros, y sobre ella como el hombre tengan sus actos civiles y no canónicos, entonces podremos decir que la patria está en vías de salvación.

ELODIA FERNÁNDEZ Y LÓPEZ

Coruña.

Una niña cuenta a su mamá al volver del colegio, cómo se libró de que la atropellara un carro.

— ¡Hija, el angel de la guarda te salvó.

— No, mamá — exclama la niña con sencillez — fué un caballero que pasaba.

## Libros en venta

DE TRES PESETAS

(A dos para los suscriptores directos a EL MOTIN)

Muestras de mi estilo. — Cuadros de miseria. — Degradaciones y cobardías. — Pájaros de ir minas. — Humorismo anticlerical. — Cartas y dedicatorias, por José Nakens.

## Con el 25 por 100 de rebaja

DE CINCO PESETAS

La Iglesia y la moral. Moral jesuitica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS PESETAS

La religión al alcance de todos, por Ibarra. (Encuadrada en tela, dos pesetas.) El compadre Mateo, por Pigault-Lebrun. Gente nueva, por Luis Paris.

DE UNA PESETA

Dios, Patria y Rey. — Y dice el sexto mandamiento. — Ojo al Cristol (obras teatrales de Nakens). El dios Baco, por varios autores. Fa sosten lo, por Alfonso Karr.

DE 60 CÉNTIMOS, A 45

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Rícher.

DE 15 CÉNTIMOS, A 10

APOSTOLADO DE LA VERDAD

Juana la papisa. — Mónica secreta de los jesuitas. — La mendicidad y la Iglesia. — Mismas pornográficas de los jesuitas. — Cartas de Trullerand al Papa Pío VII. — Curas y amas. — Beatos y beatas. — Gracias de curas. — Poesías místicas. — Conversación interesante entre un cura y un brigatier carlista. — Célebre conferencia de León Taxil. — Cristo en el Vaticano.

## Advertencia

Desde esta fecha solamente se darán a la cuarta parte de su valor en esta Administración las obras siguientes:

DE DOS PESETAS, A 50 CÉNTIMOS

Lo que no debe decirse, por Nakens. Garrolozo limpio, por ídem. Testamento del cura Juan Meslier. La religión natural, por ídem.

DE UNA PESETA, A 25 CÉNTIMOS

La serpiente negra. La suma de Iyáizquiza. Tigre taurino. El voto de castidad.

## EN PRENSA

### Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31